

MAYO DE 1905.

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTORES PROPIETARIOS: JESÚS E. VALENZUELA Y AMADO NERVO.



Miguel de Cibrantes
Saavedra

CUATRO SONETOS

A LA MEMORIA DE D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA



DON QUIJOTE

Camina, de quimeras coronado,
seco y cetrino, en su rocín mansueto,
ceñidos cinturón, adarga y peto
y la tizona en el siniestro lado,

el inmortal Quijote, el esforzado
paladín de ideal, loco discreto,
enardecido por su amor secreto,
distante siempre, pero siempre amado.

Es ficción y es verdad; así el fecundo
anhelo va por la entricada senda
de la vida falaz y encantadora:

el mal y el bien luchando por el mundo,
en el desierto abrasador, la tienda;
y en la profunda obscuridad, la Aurora.



DULCINEA

Sueña con su princesa el caballero
 en el umbral del Paraíso erguida,
 como una fuente inmaterial de vida
 que riega y enflorece el mundo entero.

Canta la golondrina en el alero.
 y al robledal la trepadora asida,
 asombra y enguirnalda la avenida
 donde posa el ensueño pasajero.

¡Oh vil encantador! puedes ogaño
 herir la noble aspiración arcana
 con el arpón letal del desengaño,

trocando la princesa en aldeana;
 más viril en su rota, por tu daño,
 se encrespa y lucha la conciencia humana.



SANCHO PANZA

Como saco de gárrulos refranes,
obeso, en su asno, con el pelo hirsuto,
ladino á veces, á las veces bruto,
y trémulo á la voz de los batanes;

marcha Sancho en los múltiples afanes
del adalid; y engañador y astuto
es soez, es glotón, es disoluto,
y dichoso entre sucios haraganes.

Doquier un caballero en cuja lanza,
y dice al vulgo: «¡Vamos! ¡Adelante!
Para el que lucha el porvenir es rico!»

á duras penas van, tras la esperanza,
el ansia de ideal, en Rocinante;
y el sentido común, en su borrico.



ENVIO

¡Oh España! Madre de dolor, un día
de civilización alta maestra
alzaste de los mares con la diestra
la América en inmensa profecía.

Símbolo del Quijote, tu porfía
llenó con sus hazañas la palestra,
y hoy á los ojos de los pueblos muestra,
abierto tu costado, herida impía.

Mas mientras viva el pensamiento humano
y brille en los espacios un lucero,
última antorcha en la divina mano;

copia de lo ideal, ó verdadero,
desfilarán, en el confín lejano,
la dama, el paladín y el escudero.

JESUS E. VALENZUELA.

“DON QUIJOTE” Y SU AUTOR

Universalmente se admite hoy y se reconoce que si Dante glorifica á Italia, Goethe da nombre á Alemania y Shakespeare honra á Inglaterra, Cervantes es una gloria española, que será siempre venerada en el panteón de la literatura universal.

Pero lo extraño es que sólo al cabo de mucho tiempo los literatos del propio país de Cervantes, reconocieron que se trataba de un clásico, y que hasta siglo y medio después de la aparición del «Quijote,» este libro circulara despreciativamente sólo entre las masas populares, que lo leían á guisa de historieta entretenida, impresa en mal papel y desfigurada por ilustraciones aún peores. Y es que, en realidad, este gran libro, á su aparición, sólo fué recibido con agrado por las clases bajas, que en el primer año de su publicación agotaron nada menos que cuatro ediciones de la primera parte. Pero ya al aparecer la segunda parte, decía Sansón Carrasco: «Los chicos lo hojean, los jóvenes lo leen, los hombres maduros lo comprenden y los viejos lo aplauden.» Y de otros testimonios independientes, consta que Sansón Carrasco no decía sino la pura verdad. En efecto, uno de los biógrafos de Cervantes, cuenta que el Rey de España se hallaba en el balcón de su palacio de Madrid, un día del año de 1605, cuando vió un estudiante que pasaba por la calle leyendo un libro y que

de vez en cuando se detenía para llevarse una mano á la frente y prorrumpir en estrepitosas carcajadas.

—Ese estudiante—dijo Felipe,—ó está loco ó va leyendo el «Quijote.»

En el acto envió un servidor de palacio para que se enterara de lo que el estudiante leía, y resultó que, efectivamente, aquel joven llevaba á su imaginación los párrafos del «Quijote.»

*
* *

Ningún hombre de letras tuvo vida tan accidentada como Miguel de Cervantes de Saavedra. Nació en Alcalá de Henares, el año 1547, de una pobre familia de hidalgos, cuya genealogía se remontaba hasta los reyes góticos. Cuando contaba veintitrés años, se alistó como soldado en el ejército de Don Juan de Austria, y tanto se distinguió en la gran batalla de Lepanto, en una de cuyas acciones perdió la mano izquierda, que fué propuesto para el empleo de capitán; pero esta promoción jamás se hizo efectiva, y después de servir Cervantes en dos ó tres campañas sucesivas, él y otros veteranos que regresaban á España fueron apresados por piratas, viéndose por ello obligados á sufrir en Argel un cautiverio de cinco años.

Algunas cartas que los piratas encontraron á Cervantes, escritas por el general en jefe y dirigidas al rey, persuadieron á los bandidos de que aquel no era un soldado ordinario, y por esta razón lo retuvieron, con la esperanza de obtener por él un gran rescate. Repetidas veces trató el manco de fugarse, no sólo organizando y capitaneando rebeliones de los cautivos contra sus brutales carceleros, sino también recurriendo á otros medios; mas en unos y otros intentos la traición de algunos de los que en la fuga debían tomar parte, impidió el triunfo de aquellos propósitos que, al ser descubiertos, dieron lugar á que los piratas amenazaran á Cervantes con el tormento y la muerte, para que revelara quiénes eran sus cómplices; pero el héroe de Lepanto recabó siempre toda responsabilidad para sí, rehusando complicar á ninguna otra persona. Y, caso raro: Cervantes jamás recibió por este motivo ningún castigo, ni siquiera el menor leve latigazo del bey de Argel. Este contaba entre sus diversiones favoritas, la de cortar las orejas y la nariz de las personas que le ofendían; mas Cervantes no sufrió tal desmembración en su cara, á pesar de lo mucho que siembre molestaba y contrariaba los deseos del bey, en el cual nuestro héroe debió inspirar, sin duda, algún sentimiento inexplicable, algo en que se juntara una mezcla de respeto y de temor, hasta el punto de que el feroz argelino llegó á decir: «Mientras yo guarde á ese manco español en prisiones, no tengo nada que temer por los cautivos cristianos, por mis buques y por mi capital.»

Rescatado, al fin, Cervantes, por una cantidad que redujo á la indigencia á su familia, volvió á España con el cerebro lleno de proyectos, para excitar á su rey y á su patria á exterminar á los piratas, á quienes tan extrañamente se permitía cobrar impuestos de pasaje, á la que entonces era

la mayor nación marítima del mundo. Pero el héroe de Lepanto, ni aun siquiera logró obtener una audiencia del monarca.

Cuatro años después de su vuelta de Argel, casó Cervantes con la hija de una familia tan antigua como célebre, y tan pobre de fortuna como el mismo manco. Para subvenir á las necesidades del hogar, Cervantes se dedicó á dar gusto á la pluma, escribiendo comedias, y en tres años, produjo veinte ó treinta que representaron compañías ambulantes, que entonces recorrían el país. Pero escribir para semejantes teatros, no era ocupación que diera para comer, y Cervantes recurrió otra vez en solicitud de un destino á los ministros de su desagradecido monarca, logrando en esta ocasión un puesto de escaso sueldo en el comisariato general de contribuciones, que se formó para el aprovisionamiento de la gran armada, que precisamente se estaba formando para la destrucción de los buques que poseía Inglaterra.

Después de esto, existe un espacio en blanco en la vida del gran escritor, y sólo se sabe que debió padecer gran pobreza; que estuvo en la cárcel un poco de tiempo, y que en los días de su prisión concibió la idea—quizás hasta empezara á ejecutarla—de escribir la historia de «Don Quijote.»

Para el mayor éxito de esta empresa, contaba Cervantes con gran número de circunstancias á su favor. Escritor prolífico, aun en los tiempos de su cautiverio en Argel, ya había ensayado la farsa sobre la general simpleza en que entonces se hallaba encerrada la literatura, y creó con ello la novela moderna, pues á medida que iba adelantando en su obra literaria, ponía en ella su admirable y extenso conocimiento y experiencia de los hombres y de la vida que adquirió sólidamente á través de todas sus vicisitudes. Y ya es sabido que ningún protagonista de novela sufrió más: bas-

ta con recordar la variedad y las condiciones de las oportunidades que se le presentaron, y que él supo aprovechar de manera excelente, para hacer sus observaciones. Primero, fué ugier; después, chambelán de un legado en Roma; más tarde, soldado, que peleando fué herido en la famosa batalla de Lepanto, donde ya queda dicho, que perdió la mano izquierda «por el mayor honor de la justicia,» como decía orgullosamente el propio escritor; luego, prisionero de feroces piratas argelinos; pasados cinco años, funcionario de un gobierno que lo recluyó á remotos rincones del país, y que más adelante lo declaró cesante por alguna irregularidad en las cuentas, cosa que fué para Cervantes causa de contrariedades durante algunos años, y que le hizo trabar conocimiento con las poco agradables cárceles y prisiones, hasta que en el año 1603, aparece el manco de Lepanto ya hombre maduro, de cincuenta y seis años de edad, establecido en Valladolid, donde uno de sus recientes biógrafos, el conocido y erudito escritor extranjero y entusiasta cervantista, M. Charles, nos lo describe diciendo: que «vivía en una casa pobre y reducida, estrecha y baja, entre las tabernas de los suburbios y cerca del sitio de un arroyuelo seco.» Su familia se componía de cinco mujeres: su esposa, una hija, su hermana, su sobrina y «una criada para todo.» Estas mujeres trabajaban para vivir, dedicándose á bordar vestidos de corte. El mismo Cervantes también trabajaba en humildes menesteres, é hizo de memorialista: «escribía cartas por encargo de las personas que ignoraban hacerlo, transcribía documentos legales, llevaba las cuentas de los artesanos que daban ocupación á las mujeres de su familia.» «Pero por la noche—dice Charles,—mientras las agujas de las mujeres volaban sobre ricas telas, él cogía la pluma, y sentado ante un rincón de la mesa, escribía sus pensamientos.

En tales condiciones vivía el mayor genio de España, cuando produjo el «Quijote,» ese trabajo que, después de trescientos años, no ha desmerecido en nada y que constituye las delicias del mundo civilizado.

Todos los idiomas han tomado algo del vocabulario del «Quijote;» todos los idiomas poseen una ó más traducciones de esta obra, y aunque sean detestables algunas de ellas, no por eso pierde la obra su encanto. En forma mutilada, poco ó mucho, la vida del «Ingenioso Hidalgo de la Mancha» es leída ansiosamente por los niños de todas las naciones, que encuentran en ella gran divertimento, y por todos los literatos, que tienen en «Don Quijote» un compendio de lo que es la naturaleza humana, y que leen entre las líneas de aquel libro la crítica más profunda de la vida, que hasta el presente se ha hecho.

En efecto, «á los veinte años de mi edad—escribe el filósofo Godwin,—creía yo que el «Quijote» era libro que hacía reír; á los cuarenta, lo juzgaba hábil, y, ahora, á los sesenta, lo considero el libro más admirable del mundo.»

Saint-Evremond, ha dicho: «Es «Don Quijote» una obra que leeré toda mi vida, sin fastidiarme de ella. De cuantos libros he leído, este es el que yo quisiera haber escrito con preferencia á todos los demás. Admiro, cómo en boca del mayor loco del mundo, ha encontrado Cervantes el medio de parecer el hombre más cuerdo y más inteligente que se puede imaginar.» El mismo Saint-Evremond, daba como único consejo á los desterrados, que leyeran la inmortal obra del manco de Lepanto.

Y Heine, al referir sus impresiones acerca del «Quijote,» dice que esta gran obra fué el primer libro que leyó en cuanto supo hacerlo, creyendo entonces todo lo que en él se dice, con la ciega fe y la seriedad de la niñez. No versado todavía en la iro-

nia de la vida ó de la literatura, lloró lágrimas amargas por el ridículo y por las contrariedades que sufría el noble caballero. Después, de cinco en cinco años, volvía á leer el libro, variando en cada lectura sus sentimientos. Más adelante, sólo vió en las aventuras del caballero andante, el lado cómico. Y cuando ya tuvo más edad, y ésta fué más madura, Heine nos dice que su inteligencia trabó amistad eterna con Don Quijote y Sancho Panza.

* * *

Cervantes murió de hidropesía el 23 de Abril de 1616. «Era entre dos extremos su cuerpo, ni grande ni pequeño — dice uno de los biógrafos del insigne príncipe

de los genios,—el color vivo, el pelo castaño, la barba y bigote rubios, los ojos alegres, la nariz corva. Y todo esto fué enterrado, según el propio autor de tantos libros y comedias lo dejó dispuesto, en el convento de las trinitarias de Madrid, cerca de la calle del León, donde vivió. Todos cuantos le habían tratado con intimidad, lloraron amargamente al hombre de letras. Los ingenios que le habían desdeñado, aquellos que le zahirieron é insultaron porque no podían competir con él, ni menos igualarle, estaban ciertamente muy ajenos de creer que su muerte era una pérdida irreparable para las letras. Y en su estulticia, no sospechaban que la España tendría bastante algún día con el romance de «Don Quijote,» para competir, para vencer las obras clásicas de las demás naciones.»



J. RUELAS
-1903-

DULCINEA

“PRELUDIO”

(Fragmento).

CERVANTES,

saliendo de un éxtasis.

Galante Ofelia, de más dulce hablar que los coloquios pastoriles y la miel de las colmenas! presta el oído atento, para lección de tu espíritu y para regocijo de tu curiosidad, á las proezas que, de villorrio en villorrio y de corte en corte, legaron al mundo, con la vocinglería de la fama, el nombre de Don Quijote de la Mancha á la risa de los estúpidos, á la compasión de los sabios, al deleite de los más, al estudio de pocos y á la imitación de los menos. Nació en la guerra: fué el retoño de mi brazo roto de soldado y de mi herida conciencia de hombre; floreció en mi sangre, en mi deber, en mi aspiración y en mi dolor; contempló, desde la cumbre de vértigo que sólo el genio y la locura escalan, el mundo que trabaja con tragedias en la armonía del amor y de la virtud, á cada paso tejida y desgarrada, tejida aquí con la atracción de dos besos y desgarrada allá con la repulsión de dos odios; y, como yo, calóse entonces la dura celada, empuñó la adarga vengadora y, pronunciando el nombre de su dama, Doña Dulcinea del Toboso (dama fantástica y real, hecha con todos los anhelos de la ternuna varonil, siempre presente y siempre ausente; ver-

dadera como la esperanza y alucinante como la verdad), se arrojó con su sueño al sueño de la vida en débiles lomos de flaco rocín, á desfacer entuertos y vengar agravios, regando en el camino heroico su pródiga sangre como semen de venideros mártires y de futuros redentores!—Siempre ha sido cómico lo trágico: su largo cuerpo huesoso —escueto como el Infortunio,— y sus clamorosos apóstrofes bélicos, excitaban la risa de los venteros locuaces y hacían cosquillas á las mozas festivas, cuando llegaba á los cortijos aporreado y maltrecho por duros puñetazos, pero orgulloso como un vencedor; pues debe saberse que nunca la realidad logró desmentir á los engendros de su magín, sino antes bien, éstos á ella la desmintieron siempre. Y así, por sendas ignoradas y recónditos vericuetos, acudía adonde más llagas necesitaban cura y adonde más angustias demandaban consuelo, levantando sobre la humana miseria, como egida protectora, la lanza de la andante caballería, y ensordeciendo la comarca con sus voces iracundas de reto y de muerte.—No conoció el egoísmo que nutre su insaciable abdomen con las ajenas mieses, ni los espasmos del amor que se aletarga en mullido lecho de abominaciones, y que, de dios fecundador —tronco de las razas bellas— se convierte en bestia

lasciva.—matriz de los pecados y de las degeneraciones;— fué, es, y será eternamente un batallador, un guerrero de la gran conquista, un héroe de ideal, un poeta de fortaleza, que, en cada etapa del agosto tiempo, reencarna con su anhelo en la frente, con su Dulcinea en el alma, con su palabra justiciera y fustigante, con sus miserables y magníficos arreos de guerra, sobre su paciente y fiel rocín flaco, y sin parar mientes en las cobardes advertencias del buen sentido (¡el buen sentido! escudero glotón, amante del vino, de la pereza y del chascarrillo, que, montado en un asno, sigue á su amo malhumorado y jadeante), va en pos de una quimera, de una alta justicia, de una pura verdad, lanza en ristre contra los molinos de viento que voltean sus paletas, como brazos de gigantes, en la fantasmagoría sangrienta del ocaso y de la locura! Mirad!

En el fondo de la escena, bajo el incendio de un sol tropical rojo y devorador, sobre las espaldas de roca de la montaña se destaca la figura sangrienta de Don Quijote, rodeado de viudas implorantes, de maldicientes pavorosos, de mutilados trágicos que en coro solemne claman reparación y justicia.

OFELIA,

extática, adorante:

¡Qué hermoso es vuestro caballero! ¡cómo brilla, sangriento, cobijado en las púrpuras magníficas del sol!

SHAKESPEARE,

clavando en Ofelia sus ojos de penetración y de arcano:

Se levanta hasta las altas heroicidades de la fe, midiendo sus armas con el Mal, el manchego que busca como único premio de sus afanes la frente de Dulcinea,

para poner en ella el beso de todas las purezas y de todos los respetos.

DON QUIJOTE,

agitando su lanza:

Seguidme todos, todos los que tengan cuitas, que yo soy Don Quijote de la Mancha, armado caballero andante, y tengo por misión de mis deberes castigar á los cobardes que maltratan á la mujer, á los avaros que roban el grano á los pobres, á los tiranos que cortan la lengua á los profetas, á todos los hi de puta que han puesto su grandeza y su altivez sobre cimientos de lágrimas y de sangre; y, así sean fuertes como titanes, vigorosos como gigantes, vive Dios que he de dar al traste con ellos y con sus atrincheramientos, para ejemplo en la historia, para gloria de la orden de la andante caballería, para prestigio de mi nombre en las generaciones venideras y, como debido homenaje á la Señora de mis pensamientos, la casta, la intachable, la serena, la tierna Doña Dulcinea del Toboso, que me sostiene, y me ampara, y me guía en estas descomunales proezas contra los malandrines de la tierra!

LOS MALDICIENTES.

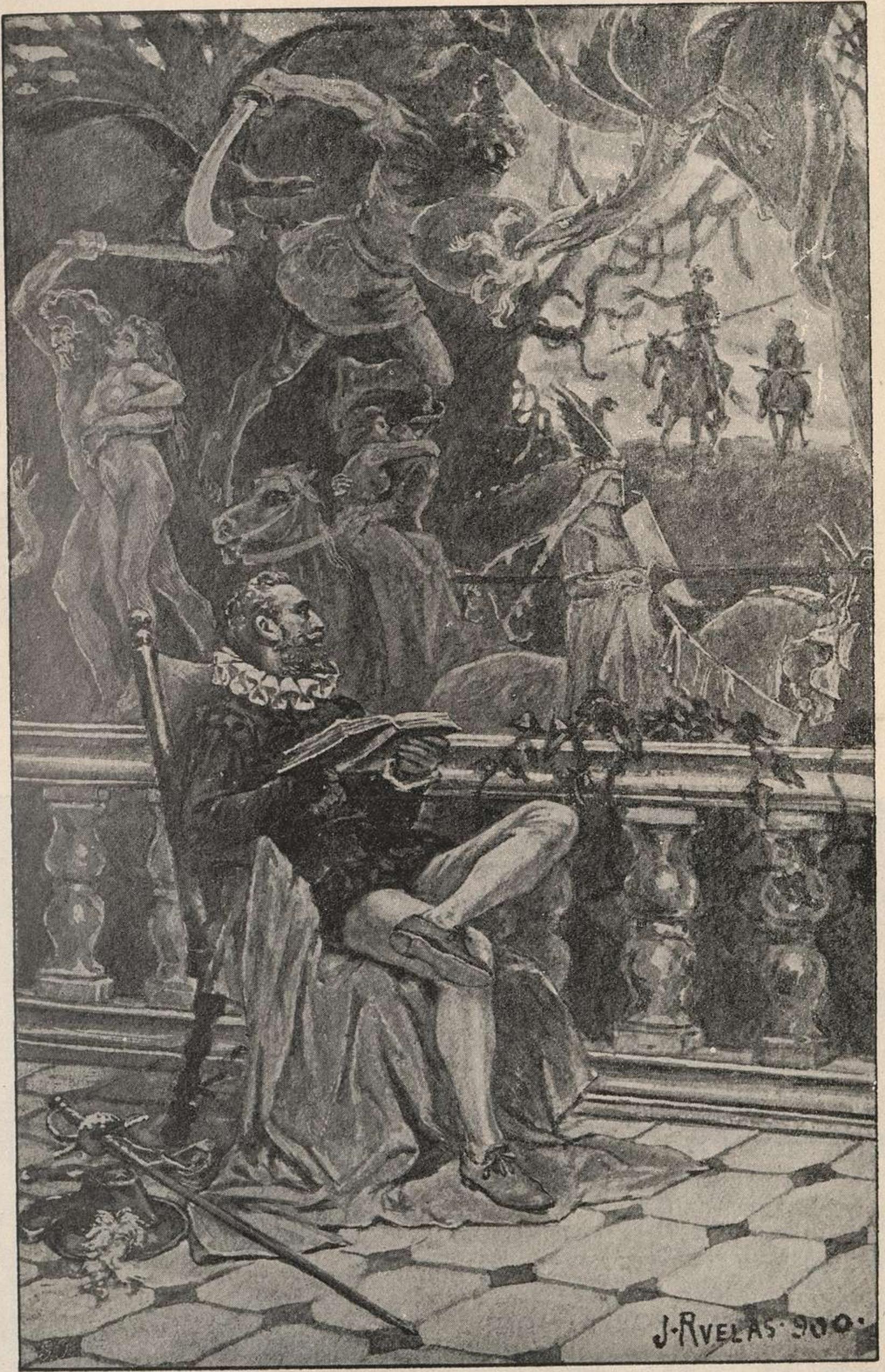
ESTROFA.

Fué de odio el grito primero que exhaló la tierra hacia los cielos impasibles.

Es de odio el grito que se estrella en las márgenes de la historia.

Rueda la turba humana con sus festivos, con sus locuras, con sus himnos guerreros, ¡ay! y con sus apóstrofes de blasfemia y de muerte.

Matar, Señor, es un derecho, ¡y puede ser una virtud!



J. RVELAS. 900.

Si somos, si tenemos un lugar en el planeta, si damos nuestro esfuerzo á la infinita acción, si en nuestras frentes chispea la luz de un pensamiento, si nuestros índices señalan en los confines del desierto la promisión riente y tranquila, si nuestras lenguas han dicho la parábola del bien, ¿por qué, entonces, se nos persigue, se nos acosa, se nos befa, se nos corta la lengua que habló, se nos troza el dedo que señaló y se nos abate la frente que pensó?

Matar, Señor, es un derecho, ¡y puede ser una virtud!

ANTI-ESTROFA.

Tú eres, noble caballero, el paladín de nuestros generosos combates; tú eres el incansable, el proteo, el armipotente, el que

se consagra sin transacciones ni condiciones á la causa de la miseria y de la redención.

El lecho de la infamia es de una aterradora fecundidad.

El golpe de tu brazo no cesa de caer sobre la injusticia, que parece tan eterna como tu poderío.

¡A la lid! ¡á la epopeya! ¡Blandiendo las picas del odio; haciendo puñales con nuestros rencores; tú, mujer, convirtiéndote en Furia; tú, poeta, calentando el verso hasta el exterminio. . . . todos, todos en pos de Don Quijote, al asalto de la Tiranía!

Bajo la flámula del Sol implacable, entonando un Salmo de muerte y de gloria, el grupo trágico se pierde en las quiebras de la montaña. Del picacho más alto se desprende una águila, solemne y profética, llevando al Oriente un presagio.

JESÚS URUETA.



A CERVANTES

SONETO

A Ricardo Calvo.

Horas de pesadumbre, de tristeza,
Paso en mi soledad. Pero Cervantes
Es buen amigo. Endulza mis instantes
Asperos y reposa mi cabeza.

El es la vida y la naturaleza,
Regala un yelmo de oro y de diamantes
A mis sueños errantes.
Es para mí: suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso y caballero,
Parla como un arroyo cristalino;
Así le admiro y quiero,

Viendo como el destino
Hace que regocije al mundo entero
La tristeza inmortal de ser divino.

París, 1903.

RUBEN DARIO.

DON QUIJOTE

(FRAGMENTO)

Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno ya vacio como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que D. Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones. Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hue-

co de los árboles formaban su república las solicitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestido de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra: y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compues-

tas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos, del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera

muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron, le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando.

* * *

Prosiguiendo D. Quijote dijo: Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienas, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea me-

nester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse; así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premia con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquias, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la

guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razon averiguada que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artilleria se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabuceria,

y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentia y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando

esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavia me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo como lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dijo D. Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienda caballería.





. . . No ha mucho tiempo que vivía un hidalgo.

A DON QUIJOTE

Aquí vengo, valiente caballero,
á buscar el apoyo de tu espada,
de tu famoso y formidable acero.

Has de saber que soy una cuitada
princesa que del mundo en los confines
habitaba mi alcázar, retirada.

Unos encantadores malandrines
robaron mi poder y mi corona,
con diabólicas artes los ruines.

Cambiaron por completo mi persona,
convirtiendo en tu atenta servidora
á Su Alteza la gran Micomicona.

Con tal motivo me presento agora;
pues no permitirás, oh noble andante,
que se burlen así de una señora.

Ceñía con orgullo mi abundante
diadema, de cabello tan obscuro
como es el ónix y como él brillante.

Mi cara como albérchigo maduro,
los ojos negros, calidad suprema,
erguido el cuerpo y el andar seguro.

Esos gigantes de maldad emblema,
al pasar hacen surcos en mi frente
y arrojan canas en mi real diadema.

Era mi corte noble y excelente,
formada por galanes escogidos
que á mis pies se postraban servilmente.

Imploraban amantes y rendidos
de mis ojos ardientes los destellos,
todos estaban de mi amor perdidos.

Rubios, morenos, varoniles, bellos;
y cuando ya escoger me proponía,
se volvieron borregos todos ellos.

Así como en ridícula bacía
convirtieron tu «Yelmo de Mambrino,»
un palacio de ideales yo tenía.

Y en molino de viento de un camino
lo trocaron de pronto, y he quedado,
quiera ó no, dando vueltas al molino.

En esta condición y en tal estado,
ya me matan la rabia y el despecho
por ese grande y vil desaguisado.

Yo te ruego defiendas mi derecho
y que vengue tu brazo poderoso
los muchos daños que me habeden fecho.

Por tu hermosa princesa del Toboso
persigue sin piedad á esos follones
sin concederles tregua ni reposo.

Ellos son asesinos y ladrones,
destruyeron á heridas mi semblante
y robaron mis bellas ilusiones.

¡Sus! ¡á ellos! Que vuele Rocinante;
contigo dudo que á luchar se atrevan.
¡Quítales por favor un solo instante
de mi amor y mi dicha que se llevan!

México, Abril de 1902.

SEVERA ARÓSTEGUI.

IDIOTISMOS DEL "QUIJOTE"

POR JULIO CEJADOR.

En la segunda parte, c. 49, folio 188 de la edición de Cuesta de 1615, se lee: «para contar esa necedad, y atreuimiento, no eran menester tantas largas, ni tantas lágrimas y suspiros, que con dezir somos fulano, y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta inuencion, solo por curiosidad, sin otro desig- nio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos, y lloramicos, y darle.»

¿Hay quien haya explicado ese *lloramicos*? El sufijo *mico* no existe en castellano. Cervantes inventó esta palabra; pero la inventó muy conforme al genio de nuestra lengua. De *gemido* se dijo *gemidicos*, de *lloro* parece debiera haberse dicho *llorico*, y de hecho dicese *lloriquear* y de aquí *lloriqueo*. Pero no existe *llorada* para sacar un *lloradico*, y de todos modos *lloramicos* tiene una *m* que es la que hay que explicar, puesto que el tema *llora* y el sufijo *icos* son conocidos. Para los que no entienden de lingüística, esa *m* ningún embarazo ofrecería; para los lingüistas es una montaña insuperable. La ciencia hila muy delgado: esa *m* tiene su razón de ser y no la escribió Cervantes por puro capricho. Para explicarla me encuentro con otras frases en las cuales también hallo la misma *m* inexplicable *tiramira*, *trochemoche*, de *ceca en meca*: con una *tira mira* de malos nombres, que el diablo los sufra (II, 35, 138). Y no ponga *atro-*

che moche lo primero que le viene al margin (II, 13, 12), no hay mas sino *atroche moche* entrarse por las casas ajenas (II, 32, 121). Dexandonos de andar *de ceca en meca* y *de zoca en colodra* (I, 18, 65).

Tira mira consta de *tira* posverbal de *tirar*, equivaliendo á *tirada*, *retahila*; pero ¿y *mira*? Ciertamente no puede ser el posverbal de *mirar*. En *troche moche*, *troche* equivale á *trocha*, pasando y saltando por trochas y embarazos; pero ¿y *moche*? *Andar de ceca en meca* dicen que se refiere á *la Meca* y á la mezquita de Córdoba, ó *Ceca*. Sólo hay una dificultad, y es que parece se debiera decir *la Meca*. En Hernán Núñez se lee *de zoco en coladro*. Tal vez *Ceca* y *Meca* sean los citados lugares; pero de todos modos su reunión en la frase, colocándose *meca* en segundo lugar, responde con su *m* al fenómeno que estamos estudiando.

El fenómeno consiste en que se repite el vocablo, pero sustituyendo la consonante inicial, ó añadiendo ante la primera vocal del vocablo repetido el sonido labial, *m* ó *b*; y á veces ambos vocablos son significativos, pero se reúnen formando una expresión.

En *tira mira*, *mira* no es más que el *tira* cambiada *t* en *m*.

En *troche moche*, *moche* no es más que *troche* cambiando *tr* en *m*.

En *ceca y meca*, se han reunido dos vo-

cablos, de los cuales el segundo lleva la misma *m*. Existen en castellano otras varias expresiones parecidas. Sin pararse en *tiquis miquis*, formas plurales del antiguo é italiano *miqui*, por *mihi* y *tiqui*, su paralelo, de los dativos latinos *á mi*, *á ti*. Sin *fuste ni muste*, cosa que no tiene *fuste*, base, columna, *muste* es su repetición con la *m*. Sin decir *tus ni mus*. Solemos decir *tus tus* al perro, y en el *Quijote*: soy perro viejo, y entiendo todo *tus tus* (II, 33, 130); cuando te hizieren *tus tus* con alguna buena dadiua embasala (II, 50, 192); que yo soy perro viejo, y no ay conmigo *tus tus* (II, 69, 263). Tal es el valor del refrán: «A perro viejo no hay *tus tus*,» ó «no hay *cuz cuz*,» ó como dice el Comendador Griego: «A perro viejo, nunca *cuz cuz*;» y Covarrubias: «A perro viejo nunca *tus tus*». Es decir, que no es menester llamarlo, porque él es ducho y sabe acudir cuando conviene.

¿Cuál es el origen de *tus* y de *cuz* y de *mus*? Los romanistas no lo saben, porque estos y otros muchos términos castellanos pertenecen al estrato más hondo de nuestra lengua, al terreno primario y cristalino, que está debajo del latín. Ese terreno es el ibérico ó euskérico, como tendré ocasión de probar más detenidamente muy en breve, aunque á algunos no les sepa bien. En euskera la *s* ó *z* sufijada es propia de adverbios modales, y *¡to!* sirve para llamar, en castellano al perro, en euskera á los animales y á los hombres, pues á las mujeres se les dice *¡no!* con la *n*, nota femenina en todo el verbo euskérico, lo mismo que en las lenguas semíticas. Su origen queda expuesto en la *Embriogenia*, es el golpe seco de la lengua en los dientes, correspondiente al golpe que se da en el suelo con el pié ó con el bastón para llamar. De aquí *tozik* ven. *Tus* ó *tos* es andar al *to*, llamar de *to*. De aquí *tus-ar* y *a-tusar*, que propiamente es

pasar la mano al perro, al potro, halagándoles y diciéndoles *¡to, to!*

Así *tusa* es la perra y la crin del caballo, *tus-on* era el vellón del carnero ó su piel, de donde el francés *toison*, que suelen decir ahora los españoles, olvidando lo propio por lo ajeno que salió de casa, bien así como no les gusta á veces el vino aragonés, pero sí cuando llevado á Francia, lo devuelven con agua y una etiqueta que equivale á su fe de bautismo. *Tusona*, es la ramera y la perra, en Andalucía la potranca y *tuson* el potro. El juego del *tute* se dijo por andar al *tu, to*, pues *te* es el sufijo euskérico de acción, *ikuste* el ver, como el del *mus* veremos en seguida que es término vascongado, lo mismo que la mayor parte de los términos del juego de naipes. *Tocayo*, ó sea el del mismo nombre, consta del *to* de llamar y de *kai*, que vale, apto, capaz, pronto, propio, de quien es propio el que se le llame de *to*. En Alava *toto* es el nombre del perro entre los niños, como en francés *toutou*. Del valor primitivo de golpear, se dijo en euskera *totolo* por torpe, que tropieza, y subsiste en Bilbao y en Alava, donde *tot-año* vale destrozo grande.

En el alto Aragón *tirar á tox* de los bueyes uncidos por el testuz, y *toton* fantasma ó coco para amedrentar á los niños. En Asturias *atoutar* es colocar ceniza sobre las brasas para que no se apaguen; por lo menos lo he oído y apuntado en Coaña, y *atotar* abrigar bien en la cama, y *atouzar* azuzar, del *tuz, tus* del perro. De Galicia me manda mi amigo, el erudito Director del Instituto de Pontevedra, D. Vicente García, el vocablo *tuza-ro*, por esquivo, alegre y travieso: se refiere al potro, al *tuso*, y el sufijo *aro* es euskérico-castellano, como probaré en otra ocasión.

Todos estos vocablos son de la primera estratificación del castellano, y no lo

son menos los siguientes, que á trueque de cansar á los lectores, quiero poner para aclarar la etimología de *cuz cuz* y dar una pequeña prueba del elemento euskérico en nuestra lengua.

En la Argentina *cuzco* es el perro pequeño ladrador, adjetivo euskérico *co*, del cual salió el *cus*, *ca*, *cum* latino y el griego correspondiente. En eúskera *kuz* y *koch* sirven para llamar al perro, y su etimología se aclara por estos vocablos: *kucha* suciedad, mancha, *kuchatu* manchar, contagiarse, y *moechari*, *kochá* macho de los animales mayores. En las *Voces aragonesas* de Torres Fornes hallo: «*Coch coch*, para acariciar al cerdo.» Y efectivamente, *cocho* en Navarra, Alava, Asturias, y *gocho* en Galicia y Castilla vale el cerdo, y en Berceo (*Duelo 197*) *cucho*. De aquí *cochino*, *cochitril cochiguera*, de *kera* quedarse en eúskera, *cochambre*, *cochastro* ó javato, *cuzmena*, ó taparrabo en Baena (442). En Valencia *gox* y su diminutivo *goset* es el perro: «de *gox* que mord y no lladra, de aquex te guarda.» Es el *gozque*, variante de *cuzco*, ya en Lope de Rueda (21), «el galgo á su paso camina más, el *gozque* trotando quédase atrás.» (Hernán Núñez), diminutivo *gozquejo*. En antiguo castellano *cucho* era perrilla, cachorro. *Cucho* por estiércol dió *cochorro* por gustarle el estiércol, y *cuchar* por estercolar: «quien ara y no *cucha*, con sus manos lucha» (H. Núñez). En el alto Aragón *cuchi-vache* es el cuchitril, y *cuchareta* el renacuajo. Y no prosigo, dejando muchos más vocablos que explican el *mus* para otro día. En eúskera *mus* significa andar al *mu*, hacer muecas con los labios. De aquí se llamó el juego del *mus*, y de aquí se dijo *tus ni mus*, es decir, sin llamar ni hacer la menor seña. Pero nótese que se reunieron dos vocablos, el segundo parecido al primero y con la *m* consabida.

Otro tanto sucedió en *el oro y el moro*,

le ofreció el oro y el moro, por la creencia de que los moros son ricos, se asoció al *oro* por el fenómeno de que tratamos. «Con ella no había *chancharras mancharras*,» dice Quevedo. Y en otro lugar: «diciendo que bien entendía la *zanga manga*;» en otro: «el pobre *ni chistó ni mistó*.» Euskéricos son, aunque no quiero llenar, en prueba de ello, tres cuartillas con sus derivados castellanos *chancharras* y *zangas* y *chistar*; pero *mancharras*, *mangas*, *mistar*, no son más que esos mismos vocablos con *m* inicial. *Zanquil* y *manquil pelame-la*: *zanquil* es euskérico, *pela* de *pelar* por riña, como *pelear*, *pelea* y *pelazga*, del tirarse del pelo ó del moño las tías del barrio.

Pero no sólo se añade la *m*, sino también la *b* ó la *v*, y basten estos ejemplos: *cachi-vache*, de *cacho* ó pedazo empleado por utensilio, *ni paula ni maula*, *zurri-burri*, á *zurrun burrun*, que son euskéricos, «yo echo mis cuentas, y *talán balán*, á fin de año salimos lo mismo.» (Selgas, Nona.) en fin;

Como cierto bulle bulle,
que siempre está dile dale,
se venga con *tiquis miquis*
ha de haber *traque barraque*.

Nótese que *traque* y *barraque* derivan de *atracar* y *barrar*, *barrear*, *barra*; pero se reúnen por el consabido principio. Me he dejado sin decir *oxte ni moste*: *oxte* es la acción de *oxear*, *ojear*, *osear*, pero sólo en eúskera, como *ikuiste* es la acción de ver, y *ox* vale ¡fuera! en la misma lengua con muchos derivados: *moste* es el *oste* con la *m*.

Este fenómeno existe también en otras lenguas. En francés tenemos, del eúskera, *chari-vari*; en inglés *hurly-burly*; en árabe es muy común: *hanîân-mariân* por *buen provecho*, *danân manân* por *todo es poco fihaiça baiça* por *se han dispersado*,

chirhara birhara, jhaitha, baitha, etc., etc. En alemán hay frases en las que se han reunido dos palabras obedeciendo al mismo principio: *handed und wandel, aus rand und band, eile mit weile mit sack und pack, schalten und walten, scheiden und meiden, angen und hbangen*.

Ahora ya podemos asegurar que la *m* en *gemidicos* y *lloramicos*, la añadió Cervantes llevado de un profundo conocimiento del genio del castellano. Esa *m*, escrúpulo de monjas para los que sacan etimologías como quien hace buñuelos sin tener pizca de lingüística en el cuerpo, montaña para los que de lingüista entienden, queda explicada, y con ella todo un fenómeno que se extiende á otras muchas expresiones, y en el cual nadie había dado hasta ahora. Lo que falta es explicar ese fenómeno, y aquí viene otra vez el dichoso eúskera. ¿Qué le hemos de hacer? Es la lengua de la raza de *Cromañón*, pronunciado y escrito á la española, y por consiguiente ha tenido que formar la primera capa lingüística de las lenguas del Occidente europeo. Paciencia, pues, con el eúskera y vamos allá.

El fenómeno de que tratamos es un caso particular del conocidísimo en todas las lenguas de la repetición. Es muy natural repetir dos y tres veces los vocablos para recalcar la idea: metieron al Rey Rodrigo *viuo viuo* en una tumba llena de sapos (II, 33, 129); *ya me comen, ya me comen* por do más pecado auia (id.). Donde la repetición indica el modo cómo le comían los sapos, culebras y lagartos, poco á poco, menudamente, lo cual aumenta el horror. *En fin, en fin*, hablando á su modo, debaxo de mala capa (II, 33, 131.) *Date, date* en esas carnazas bestión indomito (II, 35, 138). *Salga, madre Teresa, salga, salga* (II, 50, 190): donde se expresa la impaciencia. *No, no*, Sancho amigo, *huye, huye* de estos inconuenientes

(II, 31, 118.) Sirve esta repetición para expresar el superlativo en muchas lenguas, como en el primer ejemplo. A veces la repetición no es de la misma palabra, sino de la misma raíz en distintas flexiones: y si otra cosa dixeres, *mentirás* en ello: *y desde aora para entonces, y desde entonces para aora, te desmiento*, y digo que *mientes y mentirás* todas las veces que lo pensares ó lo dixeres (I, 23, 95): frase admirable que pinta con toda clase de repeticiones lo que á Don Quijote le escocía el que se pudiera pensar que había vuelto la espalda de cobarde. No hacía sino *mirarle, y remirarle, y tornarle á mirar* de arriba â baxo (I, 24, 102). Es *impossible* de toda *impossibilidad* cumplirlo (I, 22, 94). De aquí aquel giro y otros por el estilo: en *trayendo* que le *truxesse* (I, 26, 119),—en *poniendo* que *puso* (II, 63, 243).—Pues *esperad*, que *espere* que llegue la noche (I, 38, 199),—*sea* lo que *fuere* (I, 2, 7),—*dude* quien *dudare* (I, 50, 193), etc., etc.

En eúskera es muy corriente: *ondo-ondo* muy bien, *isil-isilik* muy callandito, *erdi-erdian* en el justo medio, *ait-aita* abuelo ó sea padre, padre, *am-ama* abuela ó muy madre, *ber-beran* en el mismísimo sitio. De aquí la reduplicación de la raíz, ó de parte de la raíz, que ya quedó petrificada y como resto del procedimiento primitivo en muchos verbos y nombres: *fur-fur, mur-mur, mur-murar, tur tur, a-tor-tolarse, car-cer, per-peram, tintinare, mar-mor, bi-bere, be-ber, memini, tu-tudi, pe-perci, di-dici, gi-gnere, si-stere*; en griego *ge-gona, ag-agein, al-alke, ar-arisko, ti-thêmi, mor-muro, por-furo, pur-pura*; en castellano *ne-ne, niño, par-pado, pa-pas, tus-tus, so-so*, y modificada la vocal *tris-tras, zis-zas, zipi-zape, zig-zag*.

Las infinitas frases castellanas de esta corte: *cara á cara, mano á mano, de tre-*

cho en trecho, de pernil en pernil, de queso en queso, de acá para allá, de manos á boca, de pies á cabeza, de arriba á bajo, de cabo á rabo, á más y mejor, de poder á poder, etc., etc., son un eco de las euskéricas: artez arte derechamente, dantzarik dantza, bailoteando, betez bete de bote en bote, aurpez aurpe cara á cara, gerotik gerora remolón, que repite gero después, etc., etc.

¿Pero de dónde proviene la labial (*m, b*) en *tira mira, tus ni mus, gemidicos y lloramicos, á traque barraque, etc., etc.*? El que conozca mi teoría de los sonidos y la *Embriogenia del Lenguaje*, habrá ya caído en la cuenta de que *b, m*, vale dos, mismo, repetición. En eúskera *bi* dos, *be* mismo, sí ciertamente, afirmación intensiva. El procedimiento en cuestión es muy euskérico. Los que veranean por las provincias habrán oído el famoso *chiri-mire* ó calabobos, ó como dicen los asturianos, el *orbayo*. *Naas-maas* revoltijo de *naas* mezclar, *sitz da bitz*, polilla y espuma, por *tragárselo todo*, *zurru-burru* mezcla de baratijas, *zurru-murru* rumores, de *zurru* ronquido, *gira-bira* vuelco, *andi-mandiak* los poderosos, de *andiak* los grandes, *itsu-mitsuka* á ciegas, de *itsu* ciego, *tira-biraka* á tirones, *uko ta buko* pertinazmente, de *uko* negar, *esa-mesak* hablillas de *esa* decir, *ziri-biria* mariposa, etc.

Voy á terminar con dos expresiones castellanas de origen euskérico é inexplicadas hasta el día; pero que un vascongado que conozca las dos lenguas las entendería a momento. Decimos que uno *le contó ce por be todo el asunto, toda la cosa*. Los lectores creerán con el Diccionario, que aquí se trata de las letras *c* y *b*. Seamos unos pequeños filósofos para no ser unos pequeños payasos, que nos dejemos engañar por apariencias, y reflexionemos. ¿Qué privilegio tienen la *c* y la *b* y quién les ha dado vela en este entierro? Tratándose de

contar una cosa *de cabo á rabo*, lo lógico sería decir *a* por *z*. No, señor; *ce por be*. Esa del *be* claro está que es el *ce* con labial: tenemos, pues, la repetición consabida. El *ce* lo entiende todo vascongado, significa *el que, el asunto, la cosa: ze da ori*, ¿Qué es eso? Es el mismo *ce ce, señora mía* de la *Celestina*, el *cecear* del *Quijote*. *Ze-tan* en qué cosa, *ze-gaiti* por qué cosa, *ze-lan* de qué modo, *zer, zen* y otros derivados (*Embriogenia, 14*). De *zer* derivado, de *ze* y que vale lo mismo, *que, algo, cosa: zertara, zetorren*, ¿á qué has venido? *ze-raen-zerea* pues á *queear, á zer, al qué*. *Zerbateh zertu* dan *gure-zera* un fulano ha hecho nuestra cosa. *Zer-a* es el sustantivo de *zer* que, *zer egin qué-hacer*, *zertu* es el verbo correspondiente, *qué ar, algo-ear, zeraen* es el adjetivo superlativo (*Embriogenia, 19*). Confirmase con la otra expresión castellana: *Sea por ceta, sea por baieta*, por una causa ó por otra. El sufijo euskérico *eta* vale donde hay, *ik* tu, *iketa* tuteo, *mendi-eta* montañas, donde hay montes, *clorrieta, iturzaeta*, é infinidad de nombres toponimicos y de apellidos. *Ze-ta* donde hay *que* porqué, en qué, *bai* si, *baieta* donde hay si, afirmación. *Sea por ceta, sea por baieta* equivale á *sea por una cosa, sea por otra*: reuniéronse dos expresiones equivalentes, de las cuales la segunda lleva *b*, el sonido labial.

El estudio de Cervantes está por empezar, porque falta hacer el estudio lingüístico, que es el fundamento de todos los demás. El estudio del castellano, confiesan los mismos romanistas, que sólo está comenzado. El del eúskera, que encierra la explicación de lo más hondo del castellano, es un mundo desconocido. Tales son las sencillas consecuencias de las pocas indicaciones que acabo de hacer, y de las muchas que me quedan é irán saliendo á su tiempo para gusto, sabor y contentamiento de antibascófilos y antiiberistas.

(De «La Lectura» de Madrid).

DULCINEA

Qué alegre es la partida del caballero andante!...
Hacia la bien amada vuela el tropel sonoro
Y espera en el castillo que el sol bruñe de oro
La princesa Lejana.... Adelante...! adelante...!

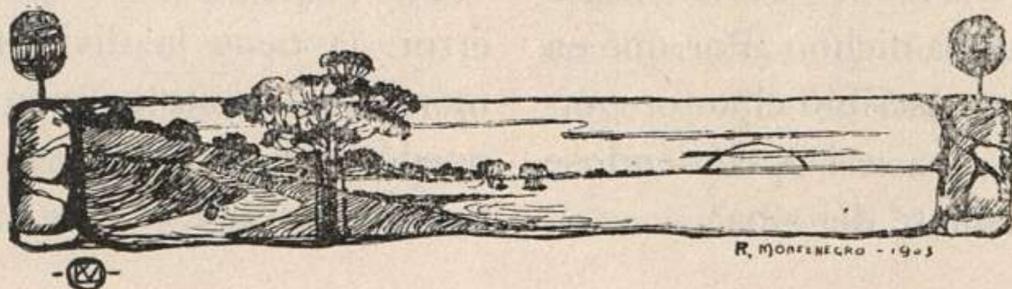
Pasa sobre el cadáver del invencible moro,
Liberta á la cautiva, despedaza al gigante,
Y, al fin, en el alfeizar del alcázar distante,
Reina de amor y gracia, divisa á su tesoro!

Llega...su espasmo es ave que en el cielo aletea,
Y torvo el caballero, del tálamo delante,
En hembra convertida mira á la blanca Dea....

Por el negro camino cae la lluvia incesante.
Ya no es la princesa lejana, Dulcinea....
Qué triste es el regreso del caballero andante!

JOSE JUAN TABLADA.

México. 1905.



UN HIJO APÓCRIFO DE CERVANTES

Si nos fuera dable conocer los orígenes de todos los modismos, nos encontraríamos con datos muy curiosos acerca de su punto de partida, y de las evoluciones que han experimentado hasta lograr carta de naturaleza, y vivir holgadamente en el idioma.

Difícil es, sin embargo, que haya alguno que parezca proceder de tan glorioso linaje, como éste de que vamos á tratar, pues se le quiere suponer nada menos que de la noble estirpe de Cervantes Saavedra, con el fundamento de que se le encuentra en la ilustrísima casa.

Me refiero á la frase «la del alba sería.»

La primera vez que tropecé con ella, fué bajo la firma del reputado borinqueño J. J. de Acosta y Calvo, en su fantasía «El Mago de Aguas Buenas,» conocida de todos los que han habido á las manos el popular libro segundo de Mantilla.

«La del alba sería cuando encaminaba yo mis pasos hacia las cuevas de Aguas Buenas, con objeto de oír una vez más al famoso Mago que las habita.»

Me chocó entonces aquella referencia sin referido. ¿La qué del alba? «Hora» debería ser, pero no estaba dicho. ¿Por qué en vez del femenino no escribió el autor portorriqueño «el del alba sería,» refiriéndose al momento, al instante del alba?

Más tarde, regalándome nuevamente con la lectura de los pasajes del Quijote, que más me habían agradado, hallé la consabida frase, iniciando el Capítulo IV.

«La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado. . . .»

Me puse á examinar si no había algún antecedente; si no estaba la palabra á que parecía hacer referencia ese «la,» y encontré «hora» en el remate del capítulo anterior, con lo cual quedaba el concepto perfectamente claro.

Cervantes escribió:

«El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena «hora.»

«La del alba sería» cuando D. Quijote, etc.»

Salta, pues, á la vista, que el manco admirable no usó un modismo; pero hubo quienes, creyendo seguirle, tomaron por tal esa frase, debido á que no se fijaron en la palabra «hora» precedente.

La culpa de esto y del consiguiente error, la tiene la división de la obra inmortal en capítulos con epígrafes, pues quedó la frase de que se trata á buena distancia de «hora.»

«... y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

“Capítulo IV.

«*De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.*

«La del alba sería» cuando D. Quijote etc. . . .»

Justo es convenir en que está perfectamente explicable la inadvertencia.

Mucho antes que Acosta y Calvo, don Félix María Samaniego, había empleado la misma frase para dar comienzo á su fábula «El filósofo y el rústico.» aunque tampoco como modismo, pues la relacionó con «hora.»

«La del alba sería
la hora» en que un filósofo salía
á meditar al campo solitario. . . .»

Fácil es comprender que el notable fabulista español, aunque gustó de la frase de Cervantes, no entendió que en la historia del mal ferido caballero, se emplease como un modo de decir ya naturalizado y peculiar á la lengua castellana; porque en tal caso, no hubiese puesto la palabra «hora.» que habría estado de más. Las frases idiomáticas, tienen precisamente todos los términos que requieren para su inteligencia, aunque aplicándoles la regla común parezcan incompletos; porque si significan lo que significan, es en virtud de la voluntad autocrática del uso. Cuando decimos «al alba.» «al sol.» las dos palabras de que se compone cada una de estas frases, no bastarían para hacernos entender, si el uso no hubiera impuesto que son suficientes para determinado sentido. «Partimos de México «al alba.» «En Córdoba vimos unas ropas puestas «al sol.»

En ningún autor, antes del siglo XIX, he visto usar «la del alba sería.» sin expresar que se trata de hora; y aunque no pue-

de presumir nadie, y mucho menos yo, de que conoce toda esa copiosa literatura, si puede deducirse, fundándose en el caso de Samaniego, que en el siglo XVIII no había entrado aún como modismo en el idioma. La primera edición de las «Fábulas en verso castellano,» se hizo en 1781, y 20 años después falleció Samaniego, dejando en la forma citada la de «El filósofo y el rústico.»

Clemencín, en sus famosos comentarios al «Quijote,» refiriéndose al principio del capítulo IV de esta obra, dice:

«La del alba sería:» —Si el capítulo no tuviera epígrafe, sería «más claro» que se habla de «la hora del alba,» porque la última palabra del capítulo anterior es «hora.» —»

Para el autorizado comentador de la obra maestra de Cervantes, resulta, pues, que no hubiese sido claro, á no haberse anotado, que á hora se refiere la locución «la del alba sería.» A figurar ésta entre los modismos castellanos, le encontrara Clemencín toda claridad, aunque no se la hubiese precedido del vocablo referido, pues los modismos son siempre claros, y expresan perfectamente el concepto que el uso ha querido otorgarles.

Los comentarios salieron á luz finalizando el primer tercio del siglo XIX (1833). Parece, por tanto, que la introducción que han hecho algunos de esa frase como modismo, es enteramente moderna, de la segunda mitad del siglo último.

Y es curioso que todos la utilicen siempre á principio de párrafo, denunciando su procedencia cervántica. Tal currió con Samaniego, con Acosta y Calvo, con Nogales y Nogales, en su laureado cuento «Las tres cosas del tío Juan,» y para citar un ejemplo muy de casa, con Hernando Ancona, que en su interesante librito de viajes «Acuarelas,» escribe al hablar de su travesía por la Mancha;

«La del alba sería» cuando pasé en ferrocarril—¡oh profanación!—el teatro que inmortalizó con sus hazañas el hidalgo español.»

La Academia de la Lengua sólo toma nota de las siguientes locuciones: «Al alba; «No, sino el alba.» El diccionario de la Sociedad de Literatos, edición de 1886, que comprende y aumenta el de la Academia, pone, además, éstas: «Rayar el alba,» «reir el alba.» El Enciclopédico de Montaner y Simón, escrito por verdaderas notabilidades, aumenta todavía las siguientes: «Al romper el alba;» «Facerse las albas negras.» En ninguno de ellos se anota «La del alba sería,» y son los más autorizados de nuestro idioma.

Hay, no obstante, un diccionario, el enciclopédico de Zerolo, Gómez é Izaza, que apunta esta locución: «La del alba;» pero es seguramente la misma de que tratamos, «La del alba sería» que es tomada incompleta, pues ponen por ejemplo á Samaniego, citado antes:

«La del alba sería»
la hora en que un filósofo salía. . . »

Entendemos que también al hacer la cita incurren en una impropiedad los autores de este léxico. Ya hemos visto que el ilustre fabulista, no pretendió usar una frase idiomática, pues puso todos los términos que se requieren para una oración perfecta, aunque traspuestos á la manera de Cervantes. «La hora del alba sería la en que un filósofo salía á meditar al campo. . . .»

Aunque la locución «La del alba sería,» se encuentra, pues, en el Quijote, no está aislada, como algunos la han escrito, pretendiendo guiarse de Cervantes, sino relacionada con la palabra «hora,» con lo cual forma un sentido claro y perfecto.

Los diccionarios de más autoridad, todavía no la acogen, probablemente porque saben que está viciada en su origen, esto es, que nació de un error, de la equivocada interpretación hecha de Cervantes. Cervantes no usó un modismo.

DELIO MORENO CANTON.





Un dibujo inédito de Ruelas.

AL TÚMULO DEL REY FELIPE II, EN SEVILLA.

Voto á Dios, que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblón por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millón y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo: Es cierto
Cuando dice voacé, señor soldado,
Y el que dijere lo contrario, miente.

Y luego incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



TRILOGIA CERVANTESCA

Para Gabino de J. Vázquez.

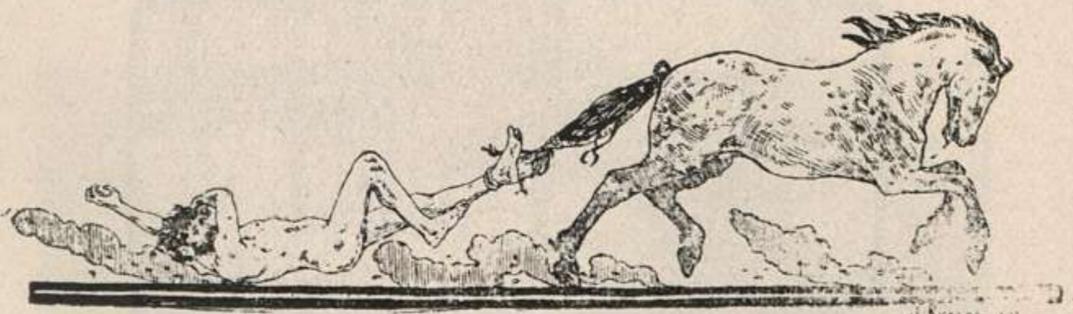
A DON QUIJOTE

Holgárame de veros, ¡oh famoso
Don Quijote! otra vez con la armadura,
en empresas de honor y de bravura,
venciendo en todo lance peligroso.

O con el pensamiento en el Toboso
llorando penas que el amor procura,
por aquella sin par en fermosura
que os trujera en la vida; sin reposo.

¡Oh, hidalgo! si viniéredes ogaño
y como ayer, con armas y blasones,
buscando desfacer entuerto ó daño,

habredes en millar las ocasiones
para hacer lo que hiciéredes antaño
en estos que son tiempos de felones!



A DULCINEA

¡Oh, tú, lo que más ama y más desea
el bravo Don Quijote! ¡oh, recatada
y aunque por malas artes encantada,
siempre bella y donosa Dulcinea!

Mal dice de tu pecho que así vea
por tus desdenes su alma turturada,
quien fué por tí con corazón y espada
un héroe en el amor y en la pelea;

¿Qué, no escuchas la voz entristecida
de quien vive, viviendo por quererte
vida que no es, por negra, apetecida?

¡Oh! acude á consolarlo, y de tal suerte,
que tu amor en su amor le dé la vida
y no en tu amor su amor le dé la muerte!



A SANCHO PANZA

Nunca hubieron andantes caballeros
más agudo escudero y más ladino,
como hubo aquel que de la Mancha vino
lidiando con gigantes ó fulleros.

Así en lides de amor ó lances fieros
hubo el buen Don Quijote de continuo
más que ayuda, consejo peregrino
en ti que fuiste gloria de escuderos.

Ayudárame Apolo y prontamente
con lengua que moviese la alabanza
llevara asombros mil de gente en gente,

haciendo muy donosa remembranza
al trovar tus proezas largamente,
¡oh, no bien alabado, Sancho Panza.

LUIS ROSADO VEGA.



DEL ÚLTIMO LIBRO DE MIGUEL DE UNAMUNO

CAPÍTULO I

Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo
Don Quijote de la Mancha.

Nada sabemos del nacimiento de D. Quijote, nada de su infancia y juventud, ni de cómo se fraguara el ánimo del Caballero de la Fe, del que nos hace con su locura cuerdos. Nada sabemos de sus padres, linaje ni abolengo; ni de cómo hubieran ido asentándose en el espíritu las visiones de la asentada llanura manchega en que solía cazar; nada sabemos de la obra que hiciese en su alma la contemplación de los trigales salpicados de amapolas y clavelinas; nada sabemos de sus mocedades.

Se ha perdido toda memoria de su linaje, nacimiento, niñez y mocedad; no nos la ha conservado, ni la tradición oral ni testimonio alguno escrito, y si alguno de estos hubo, hase perdido ó yace oculto en polvo secular. No sabemos si dió ó no muestras de su ánimo denodado y heroico ya desde tierno infante, al modo de esos santos de nacimiento que, ya desde mamancillos, no maman los viernes y días de ayuno por mortificación y dar buen ejemplo.

Respecto á su linaje, declaró él mismo á Sancho, departiendo con éste después de la conquista del yelmo de Mambrino, que, si bien era *hijodalgo de solar conocido, de*

posesión y propiedad, y de devengar quinientos sueldos, no descendía de reyes, aunque, no obstante ello, el sabio que escribiese su historia podría deslindar de tal modo su parentela y descendencia, que le hallase ser quinto ó sexto nieto de rey. Y de hecho no hay quien, á la larga, no descienda de reyes, y de reyes destronados. Mas él era de los linajes que son y no fueron. Su linaje empieza en él.

Es extraño, sin embargo, cómo los diligentes rebuscadores que se han dado con tanto ahinco á escudriñar la vida y milagros de nuestro caballero, no han llegado aún á pesquisar huellas de tal linaje, y más ahora en que tanto peso se atribuye en el destino de un hombre á eso de su herencia. Que Cervantes no lo hiciera, no nos ha de sorprender, pues al fin creía que es cada cual hijo de sus obras, y que se va haciendo según vive y obra; pero que no lo hagan estos inquiridores que, para explicar el ingenio de un héroe, husmean si fué su padre gotoso, catarroso ó tuerto, me choca mucho, y sólo me lo explico, suponiendo que viven en la tan esparcida cuanto nefanda creencia, de que Don Quijote no es sino ente ficticio y fantástico, como si fuera hacedero á humana fantasía el parir tan estupenda figura.

Aparécesenos el hidalgo cuando frisaba en los cincuenta años, en un lugar de la

Mancha, pasándolo pobremente con una *olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos*, lo cual todo consumía *las tres partes de su hacienda*, acabando de concluir la *sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo y los días de entre semana. . . . vellorí de lo más fino*. En un parco comer se le iban las tres partes de sus rentas, en un modesto vestir la otra cuarta. Era, pues, un hidalgo pobre; un hidalgo de gotera acaso, pero de los de lanza en astillero.

Era hidalgo pobre, mas, á pesar de ello, hijo de bienes, porque, como decía su contemporáneo el Dr. D. Juan Huarte, en el capítulo XVI de su *«Examen de ingenios para las ciencias,»* «la ley de la Partida dice que hijodalgo quiere decir hijo de bienes; y si se entiende de bienes temporales, no tiene razón, porque hay infinitos hijodalgos pobres é infinitos ricos que no son hidalgos; pero si se quiere decir hijo de bienes que llamamos virtud, tiene la misma significación que dijimos.» Y Alonso Quijano era hijo de bondad.

En eso de la pobreza de nuestro hidalgo, estriba lo más de su vida, como de la pobreza de su pueblo brota el manantial de sus vicios y á la par de sus virtudes. La tierra que alimentaba á Don Quijote es una tierra pobre, tan desollada por seculares chaparrones, que por dondequiera afloran á ras de ella sus entrañas berroqueñas. Basta ver cómo van por los inviernos sus ríos, apretados á largos trechos entre tajos, hoces y congostos, y llevándose al mar en sus aguas fangosas el rico mantillo que habría de dar á la tierra su verdura. Y esta pobreza del suelo hizo á sus moradores andariegos, pues, ó tenían que ir á buscarse el pan á luengas tierras, ó bien tenían que ir guiando á las ovejas de

que vivían, de pasto en pasto. Nuestro hidalgo hubo de ver, año tras otro, pasar á los pastores pastoreando sus merinas, sin hogar asentado, á la de Dios nos valga, y acaso viéndolos así soñó alguna vez con ver tierras nuevas y correr mundo.

Era pobre, *de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza*. De lo cual se saca que era de temperamento colérico, en el que predominan calor y sequedad, y quien lea el ya citado *«Examen de ingenios»* que compuso el Dr. D. Juan Huarte, dedicándoselo á S. M. el Rey Don Felipe II, verá cuán bien cuadra á Don Quijote lo que de los temperamentos calientes y secos dice el ingenioso físico. De este mismo temperamento era también aquel caballero de Cristo, Íñigo de Loyola, de quien tendremos mucho que decir aquí, y de quien el P. Pedro de Rivadeneira,¹ en la vida que de él compuso, y en el capítulo V del libro V de ella nos dice que era muy cálido de complexión y muy colérico, aunque venció luego la cólera, quedándose «con el vigor y brío que ella suele dar, y que era menester para la ejecución de las cosas que trataba.» Y es natural que Loyola fuese del mismo temperamento que Don Quijote, porque había de ser capitán de una milicia, y su arte, arte militar. Y hasta en los más pequeños pormenores se anunciaba lo que habría de ser, pues, al describirnos la estatura y disposición de su cuerpo en el capítulo XVIII del libro IV, nos dice el citado Padre, su historiador, que tenía la frente ancha y desarrugada, y una calva de muy venerable aspecto. Lo que consueña con la cuarta señal que pone el Dr. Huarte para conocer al que tenga ingenio

1 Le llamo P., es decir Padre, por acomodarme al uso, ó sea abuso, común en casos tales, y aunque sé que Cristo Jesús dijo: «No os llaméis Padre en la tierra; pues uno solo es vuestro padre: el que está en los cielos.» Mat. XXIII, 9.

militar y es tener la cabeza calva, y «está la razón muy clara» dice, añadiendo: «Porque esta diferencia de imaginativa reside en la parte delantera de la cabeza, como todas las demás; y el demasiado calor quema el cuero de la cabeza y cierra los caminos por donde han de pasar los cabellos; allende que la materia de que se engendra, dicen los médicos que son los excrementos que hace el cerebro al tiempo de su nutrición, y con el gran fuego que allí hay todos se gastan y consumen, y así falta materia de que poderse engendrar.» De donde yo deduzco, aunque el puntualismo historiador de Don Quijote no nos lo diga, que éste era también de frente ancha, espaciosa y desarrugada, y además calvo.

Era Don Quijote amigo de la caza, en cuyo ejercicio se aprende astucias y engaños de guerra, y así es cómo tras las liebres y perdices corrió y recorrió los alrededores de su lugar, y debió de recorrerlos solitario y escotero bajo la tersura sin mancha del cielo manchego.

Era pobre y ocioso; ocioso estaba los más ratos del año. Y nada hay en el mundo más ingenioso que la pobreza en la ociosidad. La pobreza le hacía amar la vida, apartándole de todo hartazgo y nutriéndole de esperanzas, y la ociosidad debió de hacerle pensar en la vida inacabable, en la vida perpetuadora. ¡Cuántas veces no soñó en sus mañaneras cacerías, con que su nombre se desparramara en redondo por aquellas abiertas llanuras y rodara ciñendo á los hogares todos, y resonase en la anchura de la tierra y de los siglos! De sueños de ambición apacentó su ociosidad á su pobreza y, despegado del regalo de la vida, anheló inmortalidad no acabadera.

En aquellos cuarenta y tantos años de su obscura vida, pues frisaba ésta en los cincuenta cuando entró en obra de inmortalidad nuestro hidalgo, en aquellos cua-

renta y tantos años, ¿qué había hecho, fuera de cazar y administrar su hacienda? En las largas horas de su lenta vida, ¿de qué contemplaciones nutrió su alma? Porque era un contemplativo, ya que sólo los contemplativos se aprestan á una obra como la suya.

Adviértase que no se dió al mundo y á su obra redentora hasta frisar en los cincuenta, en bien sazónada madurez de vida. No floreció, pues, su locura hasta que su cordura y su bondad hubieron sazónado bien. No fué un muchacho que se lanza á tontas y á locas á una carrera mal conocida, sino un hombre sesudo y cuerdo que enloquece de puro madurez de espíritu.

La ociosidad y un amor desgraciado de que hablaré más adelante, le llevaron á darse á leer libros de caballerías *con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda, y hasta vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías*, pues no sólo de pan vive el hombre. Y apacentó su corazón con las hazañas y proezas de aquellos esforzados caballeros que, desprendidos de la vida que pasa, aspiraron á la gloria que queda. El deseo de la gloria fué su resorte de acción.

Y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. En cuanto á lo de secarse el cerebro, el Dr. Huarte, de quien dije, nos dice en el capítulo I de su obra, que el entendimiento pide «que el cerebro sea seco, y compuesto de partes sutiles y muy delicadas,» y por lo que hace á la pérdida del juicio nos habla de Demócrito Abderita, «el cual vino á tanta pujanza de entendimiento, allá en la vejez, que se le perdió la imaginativa, por la cual razón comenzó á hacer y decir dichos y sentencias tan fuera de término, que toda la ciudad de Abdera le tuvo por loco,» mas, al

ir á verle y curarle, Hipócrates se encontró con que era «el hombre más sabio que había en el mundo,» y los locos y desatinados, los que le hicieron ir á curarle.» Y fué la ventura de Demócrito —agrega el Dr. Huarte— que todo cuanto razonó con Hipócrates «en aquel breve tiempo fueron discursos de entendimiento, y no de la imaginativa, donde tenía la lesión.» Y así se ve también en la vida de Don Quijote que, en oyéndole discursos de entendimiento, teníanle todos por hombre discretísimo y muy cuerdo, mas, en llegando á los de imaginativa, donde tenía la lesión, admirábanse todos de su locura, locura verdaderamente admirable.

Vino á perder el juicio. Por nuestro bien lo perdió; para dejarnos eterno ejemplo de generosidad espiritual. Con juicio, ¿hubiera sido tan heroico? Hizo en aras de su pueblo el más grande sacrificio: el de su juicio. Llenósele la fantasía de hermosos desatinos, y creyó ser verdad lo que es sólo hermosura. Y lo creyó con fe viva, con fe engendradora de obras, que acordó poner en hecho lo que su desatino le mostraba, y en puro creerlo hizolo verdad. *En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama.* En esto de cobrar eterno nombre y fama estribaba lo más de su negocio; en ello el aumento de su honra primero, y el servicio de su república después. Y su honra, ¿qué era? ¿qué era eso de la honra de que andaba

entonces tan llena nuestra España? ¿qué es sino un ensancharse en espacio y prolongarse en tiempo la personalidad? ¿qué es sino darnos á la tradición para vivir en ella y así no morir del todo? Podrá ello parecer egoísta, y más noble y puro buscar el servicio de la república primero, si no únicamente, por lo de buscad el reino de Dios y su justicia, buscarlo por amor al bien mismo; pero ni los cuerpos pueden menos que caer á tierra, pues tal es su ley, ni las almas menos que obrar por ley de gravitación espiritual, por ley de amor propio y deseo de honra. Dicen los físicos que la ley de la caída es ley de atracción mutua, atrayéndose una á otra la piedra que cae sobre la tierra y la tierra sobre que aquélla cae, en razón inversa á su respectiva masa, y así, entre Dios y el hombre, es también mutua la atracción. Y si El nos tira á Sí con infinito tirón, también nosotros tiramos de El. Su cielo padece fuerza. Y es El para nosotros, ante todo y sobre todo, el eterno productor de inmortalidad.

El pobre é ingenioso hidalgo no buscó provecho pasajero ni regalo de cuerpo, sino eterno nombre y fama, poniendo así su nombre sobre sí mismo. Sometióse á su propia idea, al Don Quijote eterno, á la memoria que de él quedase. «Quien pierda su alma la ganará,» dijo Jesús, es decir, ganará su alma perdida y no otra cosa. Perdió Alonso Quijano el juicio, para ganarlo en Don Quijote; un juicio glorificado.

Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda, y se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. No fué un contemplativo tan solo, sino que pasó del soñar á poner por obra lo soñado. *Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisagüelos, pues salía á luchar á un mundo para él desconocido, con armas heredadas que luengos*

siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Mas antes limpió las armas

que el orín de la paz gastado había,

(Camoens. «Os Lusíadas,» IV, 22)

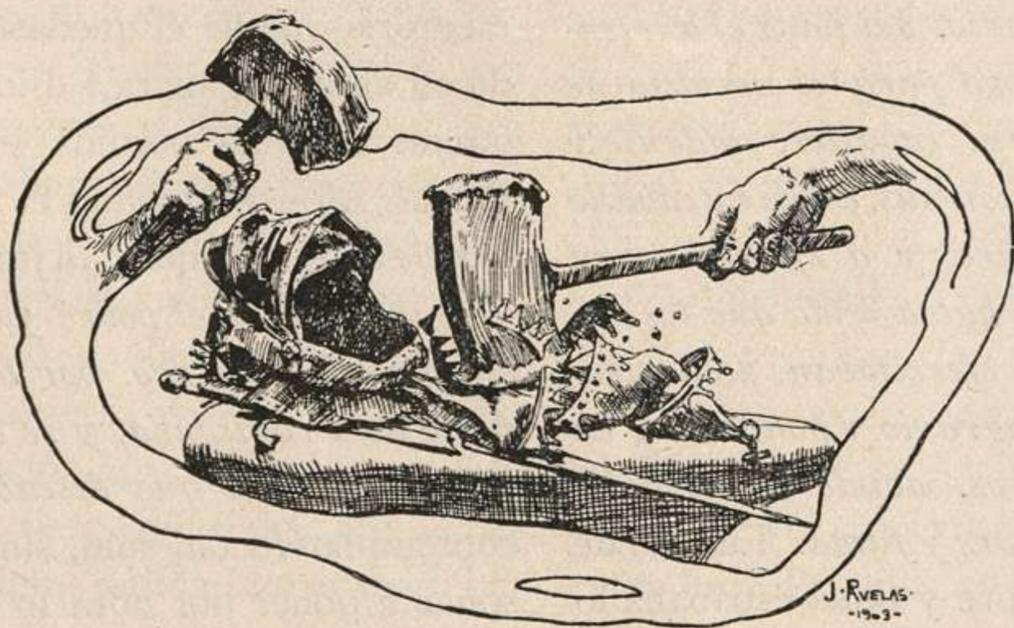
y se arregló una celada de encaje con cartones y todo lo demás que sabéis de cómo lo probó, sin querer repetir la probatura, en lo que mostró lo cuerda que su locura era. Y *fué luego á ver á su rocín* y engrandeciéndolo con los ojos de la fe y le puso nombre. Y luego se lo puso á sí mismo, nombre nuevo, como convenia á su renovación interior, y se llamó Don Quijote, y con este nombre ha cobrado eternidad de fama. E hizo bien en mudar de nombre, pues con el nuevo llegó á ser de veras hidalgo, si nos atenemos á la doctrina del dicho Doctor Huarte, que, en la ya citada obra, nos dice así: «El español que inventó este nombre, hijodalgo, dió bien á entender. . . . que tienen los hombres dos géneros de nacimiento. El uno es natural, en el cual todos son iguales, y el otro espiritual. Cuando el hombre hace algún hecho heroi-

co ó alguna extraña virtud y hazaña, entonces nace de nuevo y cobra otros mejores padres, y pierde el ser que antes tenía. Ayer se llamaba hijo de Pedro y nieto de Sancho; ahora se llama hijo de sus obras. De donde tuvo origen el refrán castellano que dice: cada uno es hijo de sus obras, y porque las buenas y virtuosas llama la Divina Escritura algo, y los vicios y pecados nada, compuso este nombre, hijodalgo, que quiere decir ahora descendiente del que hizo alguna extraña virtud. . . . Y así Don Quijote, descendiente de sí mismo, nació en espíritu al decidirse á salir en busca de aventuras, y se puso nuevo nombre á cuenta de las hazañas que pensaba llevar á cabo.

Y después de esto, buscó dama de quien enamorarse. Y en la imagen de Aldonza Lorenzo, *moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata de ello*, encarnó la gloria y la llamó Dulcinea del Toboso.

MIGUEL DE UNAMUNO.

«Vida de Don Quijote y Sancho.»



EL MANCO DE LEPANTO

Alma süave, corazón de piedra,
Pudo ser sacerdote ó abogado;
Mas llegó á camarista y fué un soldado
A quien ni el hierro ni la muerte arredra.

Después, del cobro de alcabalas medra,
Y, como el alguacil alguacilado,
A ser pasó de cobrador, cobrado,
Don Miguel de Cervantes Saavedra.

Préndenle un día, y en la cárcel preso,
Y en tanto que su Juez le abre un proceso,
El hondo cauce de su ingenio ensancha,

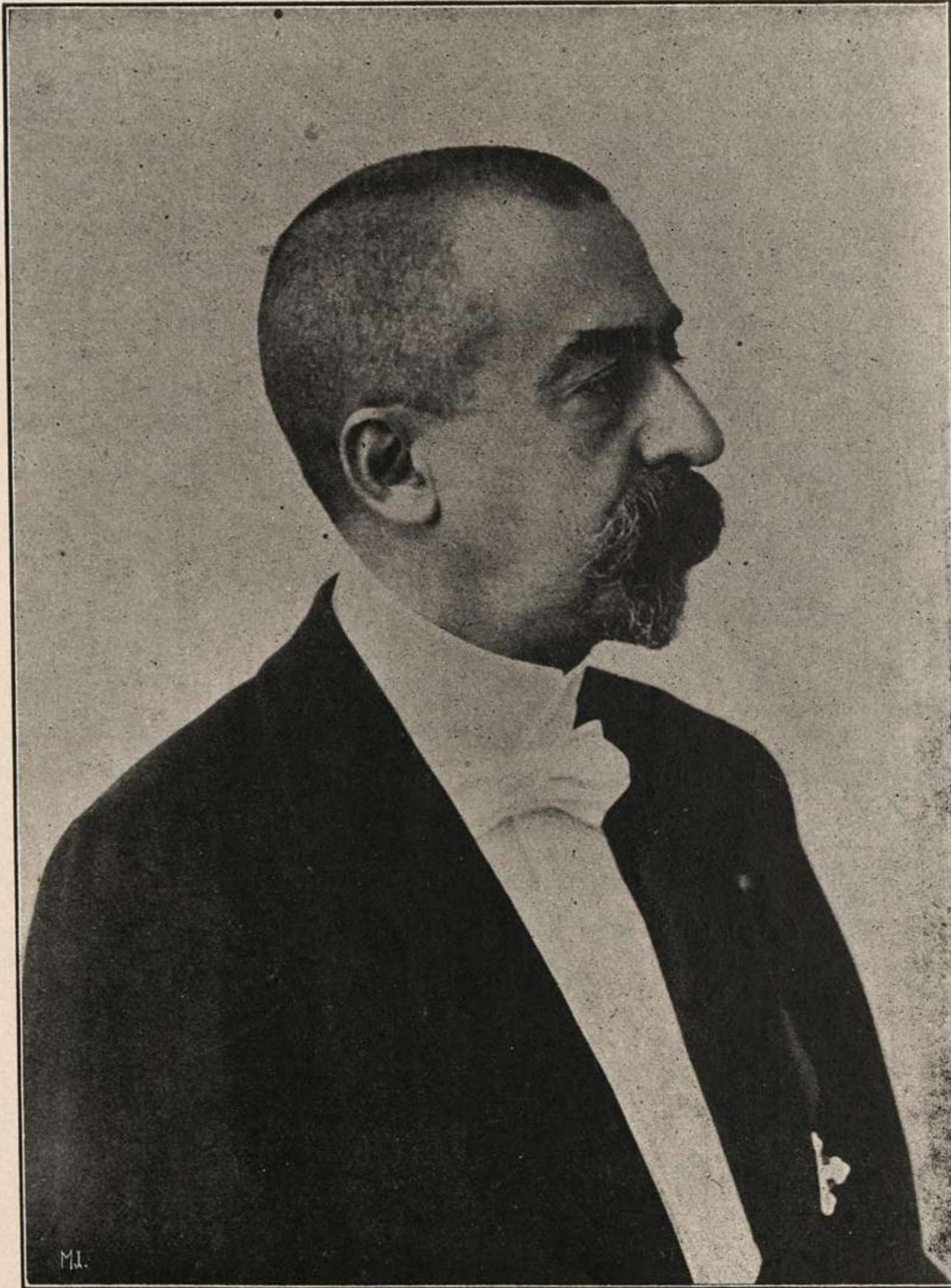
Hácese Juez, con su grandeza á solas,
Y en un lugar, sin nombre, de la Mancha,
Prende y juzga á las letras españolas!

Mérida. Diciembre de 1904.

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.



LOS ESTADOS.—VERACRUZ



Sr. Gobernador D. Teodoro A. Dehesa (Véase el artículo respectivo).

VERACRUZ

El risueño optimismo que magnificó hasta un *climax* fabuloso, el ensueño de las riquezas territoriales; aquella risueña megalomanía nacional, exacerbada por el Barón de Humboldt y, según la cual, la Mesopotamia resultaba árida, y Australia y el Cabo pobres, junto á nuestra exuberancia agrícola y prodigiosa minería, se ha desvanecido como uno de tantos líricos entusiasmos. . . . La razón investigadora, el examen sereno, el respeto á la verdad, han hecho desplomarse el barroco edificio de todas esas mentiras convencionales que halagaron nuestro patriotismo; pero que fueron un obstáculo para el progreso patrio. Con cierta tristeza nos hemos dado cuenta de nuestro error azul y halagueño; algo resultó tosca mentira; mucho, exageración meridional, y algo surge ahora más fecundo que el ditirambo «chauvinista:» la conciencia de lo que nos falta, de lo que no tenemos, de lo que hay que conquistar. Con sólo ese estado de conciencia se han rendido muchas jornadas, y nos hemos acercado á la meta, antes invisible y remota, del verdadero adelanto.

Cuando se desvaneció la dorada leyenda que tuvo tantos rapsodas, entre las ruinas y los escombros algo quedó, no obstante, en donde pareció refugiarse y perdurar la ilusión, cruelmente batida y despedazada por doquiera. . . . Ese lugar privilegiado fué el Estado de Veracruz, una de

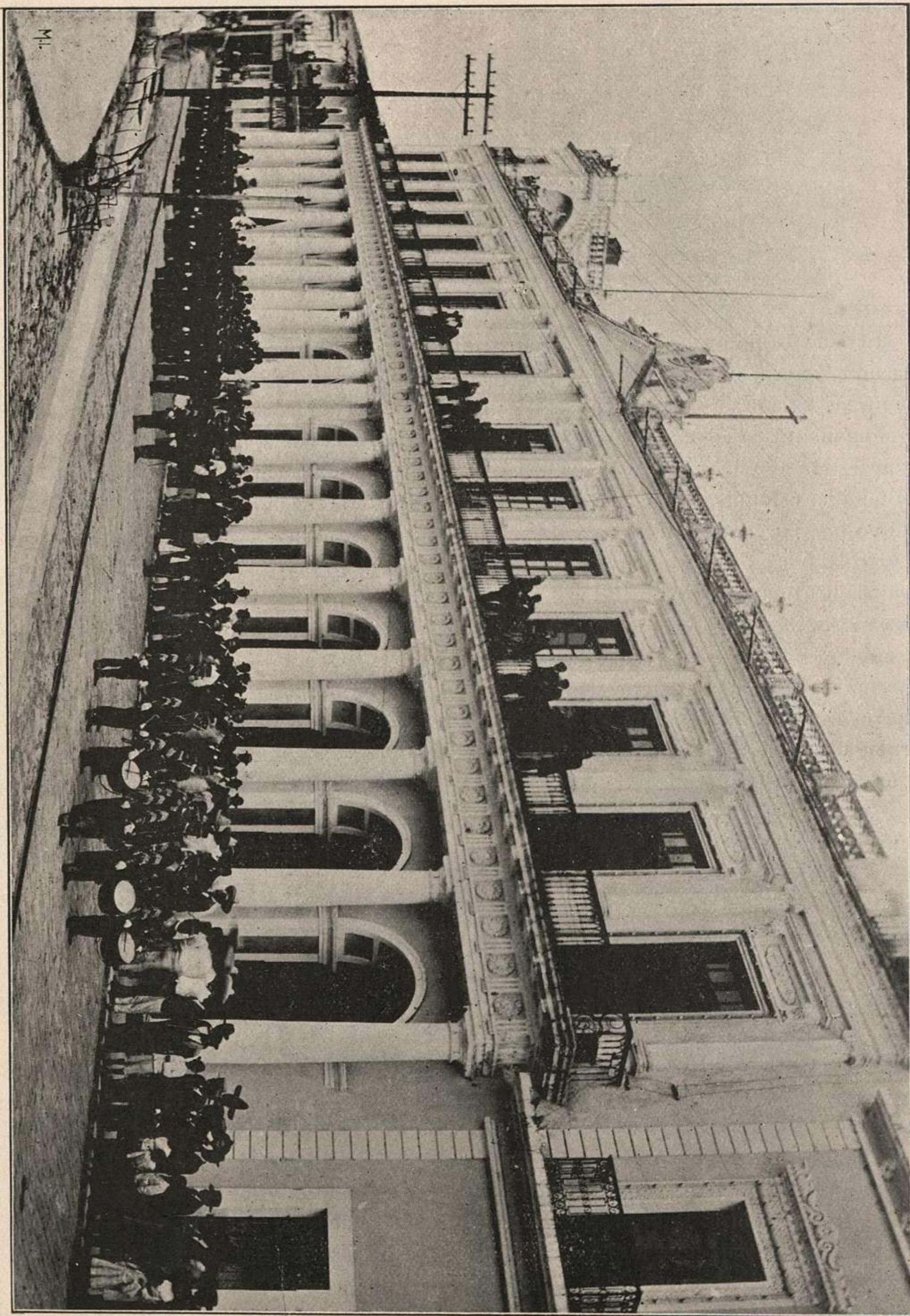
las pocas estrofas verdaderas de la antigua rapsodia.

Pocos lugares pueden, en efecto, sobre la faz de la tierra, ostentar los títulos y los privilegios que en sí reúne el opulento Estado Veracruzano.

Los extranjeros que lo atraviesan para llegar á la metrópoli, toman de él sus primeras impresiones, y por ellas resulta beneficiado el concepto general que del país se forman.

Admiran paisajes únicos, los imponderables sitios de la lujuriosa Sierra Madre del Oriente, panoramas no igualados en el escenario mundial; admirables forestas de maderas preciosas, en que abundan el palo gateado, los cedros, la rosa, la caoba, el encino, verdaderos tesoros para las artes suntuarias. . . . Pasan á la vera de montañas que recelan en su entraña el oro, el plomo, el hierro, la malaquita, y ese factor primo de la moderna riqueza: la lignita, el precioso carbón de piedra. ¿Qué paisajes, no en la República, sino en el Continente, igualan á los de Metlac, Maltrata y los de las riberas del Papaloápam? ¿Qué ríos como el Pánuco, el Túxpam, el de Cazonnes, el Atoyac, y los otros veinte grandes ríos que alegran y fertilizan aquel suelo paradisiaco? La orografía local eleva ilustres cumbres: el Citlaltépetl ó Pico de Orizaba, el Cofre de Perote ó Nauchampatépetl; entre las grandes lagunas, las de Mex-

LOS ESTADOS.—VERACRUZ.



Palacio del Gobierno (Jalapa) — Véase el artículo relativo.

LOS ESTADOS.—VERACRUZ.



Colegio Preparatorio de Jalapa.—Véase el artículo relativo.

calapa, Tamiahua y Tortuguero, son las principales, y ese territorio pletórico de elementos de riqueza excede en sus productos agrícolas, produce el mejor tabaco en sus vegas de Huimanguillo, la más aromosa y balsámica vainilla en Misantla, un grano rival del árabe en sus cafetales de Córdoba y, además, el algodón, la caña sacarina, y miles de frutos que son la delicia del *gourmet* refinado.

El *sport* tiene, en tierras de Veracruz, teatro sin igual. Son famosas las batidas y excursiones cinegéticas de caza mayor y menor que allí tienen lugar, y los próceres de Estados Unidos han venido á rios veracruzanos para entregarse al más pasionante de los deportes: la pesca del gran pez llamado «sábalo.»

Como región industrial, Veracruz está en primera fila, y cuenta entre sus grandes fábricas la de Río Blanco, que mantiene á su alrededor á una gran población obrera.

Hasta las edades muertas, hasta el pasado fué propicio para esa ilustre región, que ha contribuido al enriquecimiento de la arqueología nacional con ejemplares *hors ligne*, los pertenecientes á los mixte-

cas y papantecas que, como artífices, produjeron verdaderas maravillas.

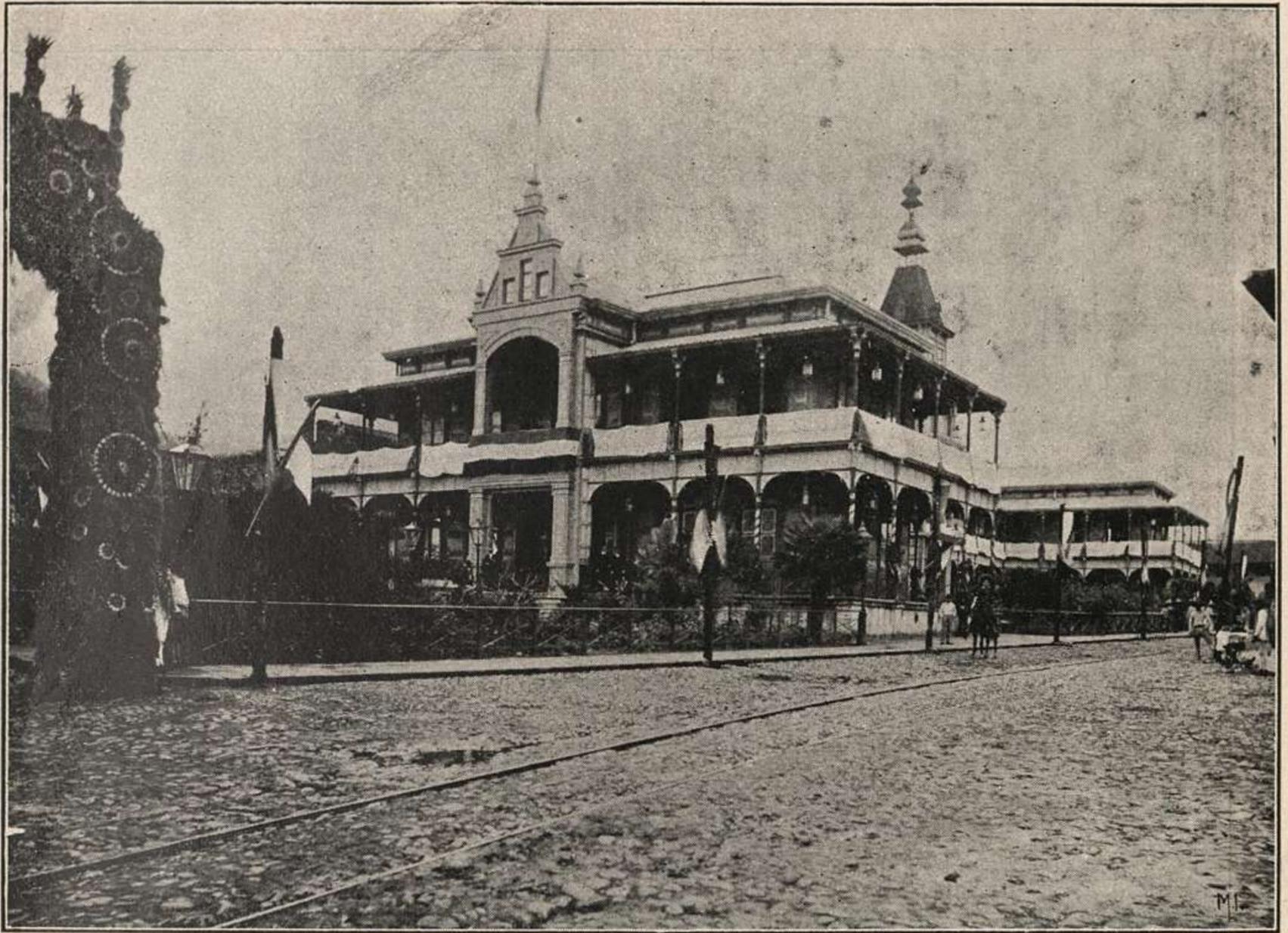
Gobierna el Estado de Veracruz un estadista ilustre: Don Teodoro Dehesa; «the right man in the right place,» diría en fórmula concisa un americano.

Todas las necesidades del Estado han sido comprendidas claramente, y atendidas con toda eficacia por ese gobernante inteligente y activo. La instrucción pública en particular ha sido grandemente impulsada, y el Estado de Veracruz es hoy el que sostiene mayor número de pensionados en Europa. Para convencerse de la rápida urbanización que ha transformado á las ciudades del Estado, basta ver sus edificios públicos, fotografías de algunos de los cuales ornan hoy las páginas de «Revista Moderna.»

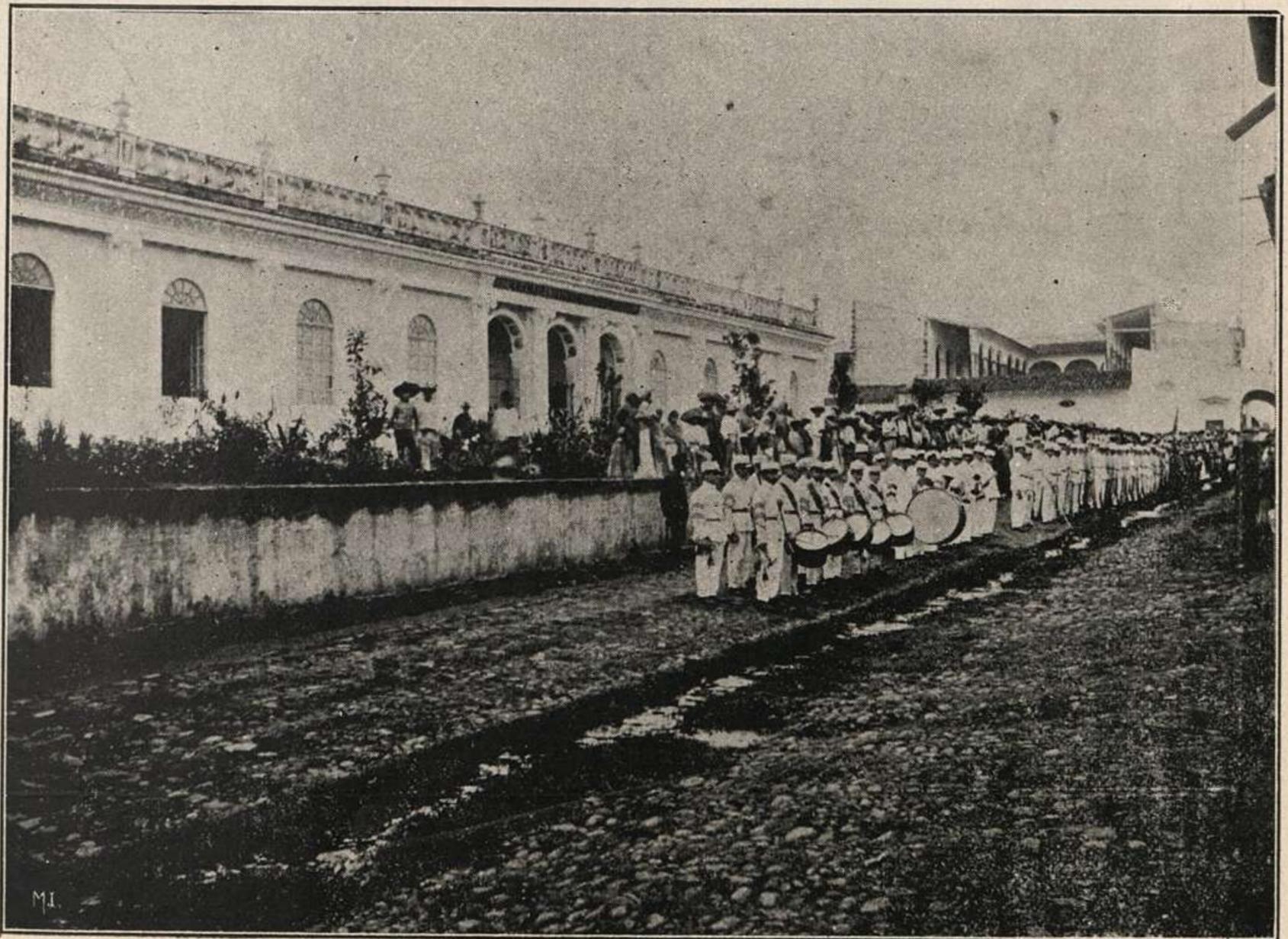
Ese privilegiado pedazo de la Patria, cuna de altas intelectualidades, de sabios preclaros, de ilustres artistas y de abnegados patriotas, está llamado á un porvenir de gloria, grande, como su historia y sus riquezas. Y á ese porvenir habrá contribuido de manera decisiva y cabal Don Teodoro Dehesa, el gobernante idóneo que hoy rige sus destinos.



LOS ESTADOS.—VERACRUZ.



Palacio Municipal de Orizaba.



Escuela Cantonal de Coatepec (Véase el artículo relativo).

LOS ESTADOS.—VERACRUZ.



Teatro Llave de Orizaba.— Véase el artículo relativo.

M. A.

A IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

Poesía recitada por su autor

en la sesión del Liceo Altamirano, verificada el día 28 de Abril de 1905.

Era en años atrás, los turbulentos
años invictos de la heroica guerra,
de los choques bizarros y violentos
en la agreste llanura y la hosca sierra....!

Cuando volaban á los cuatro vientos,
de cien y cien patriotas las proclamas,
y al estertor de nuestra madre tierra,
la Patria, envuelta en pavorosas llamas,
tras de larga agonía,
tocaba al fin de sus sangrientos dramas,
y, nuevo sol, la Libertad surgía!

Entonces fué cuando escuché un acento
que llegaba del Sur, por vez primera,
empapado de aroma y sentimiento,
como de exuberante primavera
que suelta al aire el vaho de su aliento.

Y ¡qué viril concento,
envidia de las auras y del viento,
el de aquel trovador del arpa de oro:
qué trino tan melódico y sonoro,
el de aquel ruiseñor de la espesura!

Ala que roza la corriente pura,
remanso misterioso que murmura
entre los nudos de la débil caña;

voz de *zenzontle* que á su amor la envía,
era el mágico són que me traía
la voz de aquel cantor de la montaña!

Era tu voz, hermana de la mía,
porque yo la buscaba en todas partes;
porque en tu voz mi corazón latía
por la más hechicera de las artes:
noble, celeste, augusta poesía!

Ah! si fuera posible
que la vida, un instante redimible,
te volviera á alentar, con qué alborozo
de ese torreón impenetrable y fuerte,
rompiera yo el obscuro calabozo
donde, por siempre, te encerró la muerte!

¡Oh, vano delirar! Pero qué importa,
qué importa, bardo amigo,
si aquí te encuentra mi pupila absorta,
si estoy con todos á la par contigo!
¡Con todos! ¿No los ves? ¿No los miraste
tantas veces aquí, bajo tu egida?
¿No tu nombre les diste que les baste?
¡Pues eso es respirar, pues eso es vida!

¿No perpetuó la Historia
en sus páginas puras y brillantes,
tu espléndida oratoria
donde tu frase treme como enantes?
¿No vemos al conjuro de tus trovas
con que la mente arrobas,
florece la campiña, el bosque frío
vestir sus galas tras el crudo invierno,
y cruzar por la selva el manso río
al mar llevando su homenaje eterno?

¿No nos llegan al alma tus cantares,
cuando, pensando en tu terruño á solas
soñabas con tus blancas amapolas,
tus naranjos en flor y tus mangares?

¿Y tus gritos de amor y de fe pía?
¿Y aquel idilio de inocencia santa,
en que tu labio canta,
roto el imán de tu infeliz María,
la castidad de la pasión primera;
pura como la flor de primavera,
fugaz como su pompa y su alegría?
¿Y en tus "Recuerdos" el filial gemido
no escuchamos, amante y dolorido,
cuando de angustia lleno,
triste y ausente del materno seno,
sangre lloró tu corazón partido?

Y al golpe de la mar que en la muralla
que la refrena, estalla
revolviéndose indómita y violenta,
¿no ruge en tu palabra á nuestro oído
del ultrajado Anáhuac la tormenta,
como se oye del rayo el estampido,
cuando en las nubes el turbión revienta?

¿No vemos de tu nave el ancho sulco,
cuando viste alejarse lentamente
las costas de Acapulco,
mientras se hundía el sol en occidente?
¿Y esto que haces sentir? Pues ¿y este encanto
que inunda nuestros pechos, hoy que vengo,
cantor del Atoyac y el Xuchitengo,
á confundir mi canto con tu canto,
mientras mi labio trémulo te nombra
y evoca tu memoria bendecida,
no es que respiras y que tienes vida?

¡Vive, Poeta, y que tu augusta sombra
en el templo de Apolo nos presida!
Que á la sacra penumbra de sus palmas
tu pensamiento con el nuestro sea,
y unifique en el mundo de la idea
y en el cielo del Arte, nuestras almas!

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.

Abril de 1905.



LOS MAESTROS

DON BENITO PEREZ GALDOS

Voy á visitar al maestro, al más grande y admirado novelista de nuestra España, al dramaturgo del nuevo teatro, al amigo de la juventud, al hombre sencillo y edificante, al más bondadoso de todos.

Su casa está apartada del Madrid bullioso. Y es humilde, y es típica.

Si alguna vez, lector, llevas tus pasos en esta corte en un día de primavera ó de otoño hacia las nuevas alamedas de la Moncloa, no olvides, al llegar á un cruce de tranvías, á una blanca estatua que se

llama «la de Argüelles,» que á ella muy aledaño vive el maestro de maestros Don Benito Pérez Galdós. Allí, en aquella explanada, busca con tu vista, atalayando sólo la parte izquierda del *boulevard* de Areneros, la primera, la segunda casa, que es de ladrillo rojo, de pocos pisos y de no lujosa apariencia. Verás que aquel edificio, ya para ti sagrado, es paredaño á un jardín no muy rico en árboles y plantas. En los balcones de la casa del insigne literato da el sol todo el día, y en uno de

ellos, ó es visión amable de tus ojos, ó crees percibir bien distinta, silueta de persona. Te acercas más aún, y puesto ya por frente del edificio que observas, reconoces á tu ídolo, que en algún retrato viste por vez primera. Galdós, en aquellos instantes, es probable que hace un pequeño, un momentáneo descanso á su labor del día, y mirando desde el alféizar de su ventana la alegría de la calle, ha encendido un cigarrillo en su pipa de caña. . . . No olvides, lector, si en tus andanzas llegas á transitar por el sitio que te enderezo, acordarte de Galdós y de su humilde vivienda; y si es tu gusto, imagínatelo también en su interior, yo te diré cómo: lee tal ó cual otro artículo que tú tienes recortado, escogido y junto con otros de tu predilección, y en el que un joven articulista contábate, á la par entusiasmado y triste, cómo había sorprendido á Benot, á Costa, á Cajal, á Menéndez Pelayo, en sus pequeños y solitarios cuartos de sabios sin hacienda, muy pobres. . . . Y hay que confesarlo: Don Benito Pérez Galdós—como estos grandes hombres de nuestro siglo,—después de una labor maravillosa, lo mismo en el teatro que en la novela, vendiéndose casi únicamente sus libros en nuestro pobre mercado, y cuando ya suman cuarenta años los de su constante tarea, no puede aún retirarse para vivir en descanso, no como vivieron Zola y Dumas, y hoy viven Rostand, Hervieu, France, Sardou y Annunzio, en hoteles espléndidos que adquirieron con su bien pagado trabajo; sino para gozar en sus últimos días de una modesta casa, bien alhajada, llena de preciosidades de arte, con biblioteca estimable, con comedor de burgués y con servidores sin regateo. . . . Pero, habíais de verlo: si Galdós se dedicara á vivir de este modo, al poco tiempo sus amigos, forzosamente, irían á visitarle á un cuarto más modesto aún que el que en la actualidad habita.

¿Las causas deseáis conocer?

¿No las sospecháis, lectores? Son las mismas, hermanas á aquellas que á Lope y á Calderón obligábanles á vivir mal, como modestísimos empleados de cuatro ó seis mil pesetas anuales, porque el arte, ayer como hoy, no se solía pagar ni por el público, ni, por consiguiente, por los editores. . . . Recordad, si no, á Cervantes, á Velázquez, á Quevedo, que gracias á la protección metálica que recibieran de duques, príncipes y ricos-homes, pudieron legarnos sus geniales obras, como así Cervantes y Quevedo lo atestiguan y declaran en las dedicatorias, muy expresivas, de sus famosos libros. Fijos, pues, nuestros desapasionados ojos en aquella época, en aquellos años del gran Siglo de Oro, en el que los artistas ó se morían de necesidad, ó para vivir decentemente casi adulaban á los altos y poderosos señores, la de hoy—tan miserable como las anteriores—tiene que pareceros harto brillante por la libertad que, en apariencia, se disfruta, y por el número de libros un poco más extendido. . . . Pero, si queréis convenceros de lo contrario, de que el escritor de los siglos XIX y XX pasa tantas angustias como sufrieron los mejores maestros de los años mil quinientos y mil seiscientos, leed unas sinceras confesiones que del respetable y famoso Don Juan Valera han visto la luz pública en algunas revistas de Madrid, y yo os aseguro que quedaréis admirados, confundidos y sin ánimos para más defender nuestro pequeño, insignificante, saber y adelanto. . . . Don Juan Valera confiesa haber ganado muy poco en el ejercicio de escritor: «Las profusas ediciones de *Pepita Jiménez* nada contribuyeron—dice el ático amigo—á aumentar mi hacienda; que después obras he publicado, tan amadas para mí como la más famosa de mi índice—*Morsamor*, entre otras—y de sus ediciones yo confieso que

aún tengo en mis desvanes y sótanos cuatro ó seis mil ejemplares que, de otros tantos, restaran sin vender. De aquí que ganancia primera equilibrase la pérdida sufrida después. . . .» Y añade: «Yo vivo más que de nada de mi jubilación como diplomático, y de lo que heredé de mis padres. . . .» Y así todos nuestros escritores declaran su miseria: Menéndez Pelayo existe gracias á un sueldo de catedrático ó de director de la Biblioteca Nacional; que sus obras—por ejemplo, la que ahora publica sobre Lope de Vega—¡quién iba á comprarlas cuando, como en estos últimos meses ha probado su mismo autor, ni los *inmortales* de la Academia las leen! De Pereda alguien os ha dicho, y no miente, que á más de literato insigne es dueño de un comercio en Santander, y que desde muy temprano todos los días el autor de *Peñas arriba* aparece en su despacho, y gobierna sabiamente una importante industria de telas ó de pieles. Rusiñol y Maragall, tengo entendido, son ricos por sus casas, por eso viven con cierta holgura; como Palacio Valdés, la Pardo Bazán y Picón. Pero, en cambio, el gran novelista Oller, que es pobre, trabaja aún como modesto procurador en Barcelona. Y Benot. . . . ¿de qué vive el venerable anciano, el ex-ministro de la República, el sabio filólogo, que no tiene rentas ni cargos, ni libros que vender, puesto que ya sus obras hicieron rico á más de un editor? Para mucha gente que no conoce más que de oídas á este pobre varón, es la vida de este hombre un secreto; pero yo os diré que Benot vive casi exclusivamente de los cinco ó seis duros que, todas las semanas, satisface por sus sesiones la Española á sus académicos. . . . ¿Cabe otra mayor tristeza y desesperanza?

Y decidme ahora: ¿qué gratas ilusiones puede tener la juventud con estos espejos delante, y sin mejores caminos ni más grandes apreciaciones de sus contemporáneos?

* * *

El autor ilustre de *Realidad* ha hecho punto en un párrafo y, abandonando el lápiz sobre la última cuartilla escrita, nos habla cariñosa, afablemente á Blasco Ibáñez y al que esto firma.

Blasco ha venido conmigo en el tranvía para visitar á Galdós, y, en el largo trayecto, este moderno, simpático y batallador literato, me ha hablado de una acertada unión de todos los autores de novelas, que sueñan, evitando las ediciones clandestinas de América, con mayores utilidades de sus libros.—«Y Don Benito, el gran Don Benito, debe presidirnos, guiarnos en esta tarea»—dice Blasco.—¡Asusta la obra de este genio, su constancia, su amor al trabajo! Después, nuestro angelical maestro, ya enterado de los propósitos de Blasco Ibáñez y otros amigos, rehusa con palabras humildes, confusas, propias de un modesto y novel autor, la honra de presidir á nadie. . . .—«Yo seré uno de tantos de esa conveniente reunión ó almuerzo mensual de autores—novelistas, y para el desarrollo de nuestras ideas juntaré datos y sucesos curiosos que, en mi larga vida de escritor, me han ocurrido en la publicación de algunos de mis libros. . . . Antes de todo, yo advertiré á ustedes, á todos mis compañeros, que este es el país donde toda paciencia es poca. . . . Treinta y cinco años ha necesitado mi nombre, en su labor constante, para ser conocido de cuarenta ó sesenta mil lectores, y fijense que en este número incluyo todos los de América. . . . Y ahora, yo les confieso á ustedes que á mi edad, después de los sacrificios y disgustos que pueden imaginarse, trabajo contento por la conquista de este puñado de amigos y de gente extraña que compra y lee mis obras. . . . ¡Pero hasta hoy! ¿Les voy á referir, punto por punto, lo que usted, amigo Blasco, estará ya tocando por su misma mano de autor

y editor?... ¡Paciencia, mucha paciencia, esa es la que no debe faltarnos nunca aquí en nuestra querida España!»

Viste Galdós un traje de americana, modesto, camisa de cuello bajo y corbata grande de seda. Es alto, huesudo, fuerte; la color de su piel es oscura, morena; el pelo de su cabeza y bigote—que su barba está pulcramente afeitada—es gris, casi negro aún; sus ojos son de mediano grandor, verdes oscuros, hundidos y escrutadores, y en ellos, quizás, mirándolos atentamente, observarás dos sueños: el del poeta y del hombre de corazón....

Al hablar de sus cosas estos dos famosos varones de nuestras letras, yo observo sus temperamentos, que, aunque en la apariencia no lo parezca, son muy afines, hermanos.... Quéjense, en unos momentos, de que las compañías ferroviarias no permitan vender sus novelas en las estaciones, como lo autorizan hasta para el comercio de libros pornográficos.... Y con estas justas quejas sus palabras suben ya de tono: son acedas, fuertes, irónicas y casi revolucionarias.... Observando á estos dos hombres—los que más batallas libraran en nuestro país—muy cerca, y con todos los cariños de un mal discípulo, he creído ver en ellos, en la racionalidad de sus almas, toda la sublime idiosincracia del escéptico: creerán lo que escriben el mismo día que lo imaginaron como ensueño delicioso; mas después, cuando la semilla sembrada en libros no llega á fructificar, y el atraso de nuestras vidas es cuestión perdurable y sin vislumbrado arreglo ó mejora, ¿qué esperanza podrá quedarles—á los pocos años—á estos esforzados pensadores? Blasco nos dice que por culpa de los hombres, y los desengaños en nuestro pobre medio, se ha retirado de la política activa, y, como Galdós, quiere asemejarse ahora en su soledad y aislamiento «al árbol de ancho ramaje que escucha si-

lencioso suspendido sobre el mar,» á ese árbol bendito de que nos hablara en sus libros el gran Nietzsche.

* * *

He aquí un cuarto humilde, muy sencillo, casi de estudiante, donde el gran maestro discurre y escribe sus obras. En la habitación, hay un sofá, dos butacas y algunas sillas; véñese también dos ó tres papeleras con pequeños volúmenes de los amigos escritores; un armario de dos ó tres tablas llenas de obras de Shakespeare, de Horacio, de Sófocles, de Platón, de Cervantes, compuesta de tomitos de la «Económica Biblioteca.» Al lado del armario está la gran mesa de pino, más parecida á escritorio de casa de comercio que á mesa de despacho. Pero nada de todo esto, ni aun la típica é ingeniosa maquinilla de acero para sacar punta á los lápices, que usa D. Benito; ni una maleta de mano, siempre sola sobre una silla; ni la amabilidad de los servidores de la casa, que es mucha, elevarán más grados tu admiración por el sublime amigo.... Un piano, que en un rincón de aquella misma estancia descubren tus ojos, es lo que, como último exquisito detalle, defínete con claridad un alma—la del maestro—hecha para el Arte. Y observas que adosado á un sillón hay un atril que debe usar el ejecutante de otro instrumento.

Preguntas á Galdós, y él te explica cómo su modesto despacho, por las noches, transfórmase en salón de conciertos, y la música de Beethoven, Chopin, Mozart y Wagner, hácese por manos de buenos artistas que son sus sobrinos, ó famosos maestros, admiradores y amigos del egregio literato. Y como Galdós no sale de noche, esta reunión artística, de la que yo he disfrutado alguna que otra vez, no tiene in-

tervalos. . . . A las doce despidense los amigos, y Galdós se acuesta. . . .

¿Queréis saber, lectores, algo más de la vida del genio? Pues imagináosla tranquila, nítida, ordenada, sin disgustos ni quebraderos de cabeza, sin el no vivir con los hijos, ni el sufrir y aguantar á las mujeres: Galdós es soltero.

Se levanta á las siete, y escribe hasta las doce, hora en que almuerza. Después asiste á los ensayos en el Español y la Comedia, de sus últimas obras, *Bárbara* (ya estrenada, seguramente, cuando estas líneas vean la luz), y *Ciencia y Arte*. A las seis, va á la Sociedad de Autores, de la que, hasta hace poco, fué presidente, ó entra un rato en la Librería de Fe, hasta las 8 en que, indefectiblemente, sube al tranvía de Pozas y se retira á su casa.

En comer es sobrio, y lo hace en unos minutos, volando. Sus gustos son el producir y que se sepa apreciar su trabajo. Es amigo del orden en todo, y lo atestigua, entre otras cosas, la notable casa editorial que con sus obras creó, y en la que se administraba el autor toda su producción. Fuma mucho, no bebe de ningún licor, y sólo escribe por las mañanas. Protege á los jóvenes como un padre; los aconseja, lee sus obras y, si son de su agrado, las recomienda á las empresas para que las editen ó representen. Por eso, admirándole en su gran talento, todos los jóvenes le quieren. . . .

Pero de la idea del maestro sobre la juventud, y también de los proyectos que desea ver realizados para dar espléndido remate á su inmensa obra de gran novelista, vamos á escribir unas palabras, terminando con ellas este artículo.

*
* *

Estábamos en la tienda de Fe días posteriores á la publicación de *Aita Tettauen*.

Don Benito, sentado, quizás en la única silla del establecimiento, con una de las manos en su bastón, y la otra sosteniendo un modesto cigarrillo, recibía plácemes por su nuevo episodio.

—¿Cuántos le quedan á usted por escribir, Don Benito?—le preguntó Pío Baroja.

—Dos este año. . . . Y los dos últimos para el próximo de 1906.

—¿Terminará usted los episodios con estas cuatro novelas, ó habrá otra serie?

—No, no. . . . Ya he hecho bastante de este trabajo, que al principio me agradaba y ahora me molesta. No pueden ustedes figurarse lo difícil y desesperante que es para el escritor, colocar forzosamente, dentro del asunto novelesco, la ringla de fechas, y los sucesos históricos de un episodio.

—¿Y no escribirá usted más libros, terminados que sean esos cuatro?

—Sí, de otra índole. . . . Proyecto publicar, sin prisas, á mi gusto, dos ó tres novelas contemporáneas. . . .

—Que serán, tal vez, la obra más acabada de su vida. . . . Porque con sus años de trabajo y de conocimiento perfecto de cosas y personas, unido á su prodigioso genio, ¿quién podría escribir otra más hermosa?—argumentó Baroja.

—Ya veremos, señores, ya veremos. . . . La novela es un arte muy difícil, más que el teatro, á pesar de lo que opinan algunos actores. Escribe el autor capítulos que pueden ser iguales, con idénticos defectos á otros anteriores que no gustaron, y ¿cómo enterarse de su error, en el caso frecuente en que su gusto, ilusiones y manera de hacer, sean opuestas á los que conoce y alaba la gente? En el teatro ocurre cosa bien contraria: el autor ve en el estreno de su obra los mil y un reparos que el público cuerdo, sensato, instruido, inteligente, de buen gusto, va poniendo á la producción;

y para la próxima obra, si el literato quiere ganar nombre y dinero, no olvidará, descuiden ustedes, los consejos de este público. . . .

—Una pregunta sola, Don Benito: ¿debe el autor seguir á esta masa de gente que compone el público, abogados, ingenieros, periodistas, burgueses, obreros, ó debe librar contra ellos sus batallas?

—¡Ah, ahí está el quid! Yo creo que en muchas ocasiones tiene razón ese público semidocto de que, con no poco desenfado y gracia, nos hablara *Fernanflor*; en otras, su instinto no está suficientemente educado y protesta lo que no entiende y, en cambio, aplaude lo tradicional y nuevo....

—¿No se le podría engañar con cosas en apariencia sencillas, pero en realidad profundas?

—Eso es difícil: pocos autores serían los que lograrán éxitos en este género. Yo que, como el que más, deploro el atraso de nuestro teatro, no veo otro camino que esperar sin cansarse, todo resignado, con toda nuestra gran paciencia, la educación del pueblo. . . . Esto han hecho los intelectuales de Alemania, Noruega, Francia y Rusia, naciones que, como la nuestra, en el teatro de ideas están muy atrasadas. . . . Ibsen, Sudermann, Máximo Gorki y Hauptmann, no son comprendidos y se representan poco en su misma patria. . . .

Y luego, añadió:

—Por eso, por el gusto de las gentes, en su mayoría admiradora aun del teatro romántico, tan negro y tan lóbrego, henchido de lirismo culterano, tan falto de ver-

dad, yo prefiero la novela, en cuyas páginas no hay colaboración extraña: su trabajo y su éxito sólo es del literato. . . . Y asuntos bellos los hay á porrillo en nuestro ambiente, virgen todavía de explotación, casi sin descubrir por buenas manos y discretas plumas en las páginas de obras artísticas.

—Yo voy á escribir una novela que se desarrollará en Córdoba y su serranía llena de encantos, y serán sus personajes jornaleros y gente baja de la que allí he observado en mi último viaje: tiene rasgos hermosísimos y gran carácter,—dijo Barroja.

—Ese es el camino, y por ahí va mi gusto. Un drama tengo yo compuesto cuyos personajes son pastores. Y las novelas de que les he hablado antes, quizás serán regionales; por lo menos, una he de escribir de Málaga, y otra de Barcelona y su montaña. . . . Mas el nervio de este nuevo trabajo, sin duda alguna, lo pondrá la juventud en su próxima obra literaria: ustedes, los que comienzan su labor con buenos auspicios é ideas progresivas. . . . No os cancéis nunca, ni que el desaliento os rinda: sudad, luchad siempre con el tesón con que algunos hombres lo han hecho, y veréis el triunfo. A ustedes os toca vivir la nueva España. . . .

Y esto diciendo, el gran maestro Don Benito Pérez Galdós se ha levantado de su silla, y sonriente, y con palabras cariñosas, se ha despedido de nosotros. Son las ocho. . . .

MANUEL CARRETERO.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

“Año Nuevo.” CUENTOS POR ATE-
NÓGENES PÉREZ Y SOTO. JALAPA, 1905.
—Ingenuo, en medio de su exaltación, llega
el pequeño volumen, formado por un auto-
prólogo declamatorio, algo presuntuoso,
y por once cuentos que reflejan la vida de
provincia deformada, en sus triviales epi-
sodios, por la megalomania de un tempe-
ramento impetuoso y juvenil. Os imagi-
náis el estilo impulsivo y tonante de León
Bloy (*toute proportion gardée*), aplicado
á la relación de dramas anodinos que ca-
brían en una Nota de Policía? La
vieja historia de Rolla, sin los versos de
Musset y en un rincón provinciano («Se-
creto Vulgar»); el idilio floral, de romanti-
cismo arcaico y empalagoso, de flores y
copos personificados, y que, sin ápice de
color local, pasa en un Egipto que podría
ser el Thibet («Tradición») y el episodio
apocalíptico trunco, y al fin («Siluetas,»)
dan una idea del carácter literario del au-
tor de «Año Nuevo». Ante todo, una
grave ignorancia, para la que no encontra-
mos una plausible disculpa. Queriendo es-
tablecer la figura de un refinado, de un
árbitro de buen gusto, dice el autor que
empleaba su caudal en «obras de estatua-
ria, pintura, *estuco*, orfebrería, *biselería*,»
en «molduras palatinas y en espejos de
cristal de roca» (sic); más allá, habla de la

«plasticidad eufónica,» y podríamos mul-
tiplicar los ejemplos de pecados semejantes.

La megalomania, el propósito de adul-
terar lo observado, dándoles proporciones
que resultan ridículas, es otra característi-
ca del joven escritor. Dice aquí y allá:
«¡Era una princesa!. . . y él, un artista im-
berbe, que, sobre los escabeles de una re-
dacción, bordaba crónicas de *boulevard*.»
. Era Rivas, hijo, el tipo más simpático
de los salones de oropel y humo; los san-
dios de la sonora aristocracia miraban en
él á un caballero escapado de los círculos
de Buckingham;»

¿Por qué, en vez de ese prurito de mag-
nificar grotescamente lo que es por esen-
cia modesto y discreto, los jóvenes escri-
tores de provincia no nos dan el fragante
encanto de sus paisajes, lo típico y lleno
de color local de sus costumbres, la ma-
jestad de su naturaleza no vencida por la
civilización?

El juicio anterior, puede parecer un poco
severo; pero á jóvenes de amplio talento,
como lo es, sin duda, Pérez y Soto, hay
que exigirles algo más que un fácil deva-
neo *chic* y *poucif*.

Arpas Cubanas.—POETAS CONTEMPO-
RÁNEOS.—PRÓLOGO DEL CONDE KOSTIA.—
HABANA 1904.—Una interesante Antolo-

gía de los poetas vivos de la gran Antilla; vivos decimos, porque «contemporáneos,» en rigor, implicaría la publicación de obras que no figuran en el volumen. El divino Julián del Casal, por ejemplo, aunque desaparecido, es por su número más «contemporáneo» que muchos de los poetas que en la Antología figuran.

En un prólogo de colorida y sugestiva prosa, el Conde Kostia guía al lector, como un docto cicerone. Nos habla y nos señala el épico lirismo de Byrne; el color y la precisión de Collantes; la gravedad castellana de Hernández Mijares, y particularmente de este poeta, los rondeles votivos á la memoria de Del Casal. Nos habla el Conde Kostia de René López, joven poeta que, á su juicio, prolonga la rara y honda nota del autor de «Bustos y Rimas;» de Hernández Portela, que hace en poesía lo que en sus telas el féerico Gustavo Moreau; de Mercedes Matamoros, plástico en la forma y profundo en la idea; de Manuel S. Pichardo, autor de «Ofélicas,» extrañas perlas de poesía, que evocan el númen de Heine, de Rostand, de George de Porto-Riche. Para el donoso prologuista es Sánchez Fuentes poeta de alta serenidad y grandeza de estilo; Enrique José Varona, poeta y filósofo como Saint Beuve; Nieves Xenes, la Lucia Faure Cubana; Díaz Silverio nostálgico y orfebre; Fernández de Zayas un helenista;....

Dulce María Borrero, una madona de la Inspiración; Echeverría, un Rioja; Ubago, un Selgas; Diwaldo Salone, el más febril de los poetas cubanos, y Federico Urbach, uno de los mejor dotados.

Opinamos de manera muy semejante al prologuista y creemos que «Arpas Cubanas» da una idea muy justa del actual estado de la poesía en la isla.

Publicaremos algunas de las poesías de la bella Antología, y así los lectores de «Revista Moderna» podrán por sí mismos aquilatar el valor de tales joyas.

Copas de humo.—POESÍAS POR JERÓNIMO J. REINA.—TEGUCIGALPA, HONDURAS.—En el prólogo que abre el volumen, dice Froilán Turcios del poeta y de su obra:

«Hay en él, el amor de las bellas cosas y el dolor de las cosas tristes y todo expresado de fácil manera en ritmos sencillos y simples, en frases de armonía que brotaron del corazón y del cerebro bajo el encanto de las noches de plata ó entre la penumbra violenta del crepúsculo.»

«. . . en él se revela un buen temperamento de poeta, llamado con el estudio á vencer en las luchas del Arte.»

Entre las piezas que componen el libro, hay que recomendar algunos sonetos, particularmente el titulado: «Huellas.»

J. J. T.



LIBROS Y REVISTAS

Veníase notando desde hace mucho tiempo, en nuestro servicio de correos, una absoluta falta de uniformidad en todos y cada uno de los actos que constituyen el recibo y conducción de correspondencia. Hasta hoy, cada empleado había formulado á su antojo, y según su propio criterio, el procedimiento que hay que seguir desde el franqueo de una pieza, hasta la operación más complicada de una oficina, ocasionando esto, como es fácil suponer, no pocos entorpecimientos y más de un serio trastorno en un servicio, que, dada la notoria importancia que en nuestro país ha adquirido, debe ser, á todo trance, lo más perfecto posible.

A corregir ese grave mal, ha venido un tratado que, con el título de *Práctica del Servicio Postal Mexicano*, acaba de publicar la Dirección General de Correos.

Más de cuatrocientas páginas en 4.º, contiene tan importante volumen. En él encontrará el empleado que desee perfeccionar sus conocimientos en el ramo, las instrucciones más claras y precisas y los más numerosos detalles acerca de todo el mecanismo postal.

No se ha omitido en la admirable formación de este libro, ningún comentario que pudiera dificultar la interpretación de sus indicaciones. Todo, en su plan, obedece á largas observaciones y á la experiencia adquirida en muchos años.

Puede considerarse la aparición de la *Práctica del Servicio Postal*, como un gran

paso dado en el ramo de correos de nuestro país, que, hoy por hoy, es uno de los más notables y de los que adquieren un desarrollo cada día más creciente.

Refiere Ernesto Gaubert, en el *Mercure de France*, que hurgando últimamente en una vieja biblioteca, encontró, entre varios volúmenes publicados del 1840 á 1859, un gran álbum que no era otra cosa que un abecedario para niños ingenuamente ilustrado.

En él las vocales ocupan las seis primeras páginas, estando cada página dividida en cuatro casillas, en medio de las cuales figura una letra groseramente iluminada. Rodéanla cuatro dibujos explicativos de una palabra cuya primera letra viene á ser la susodicha vocal. La elección de las palabras no puede ser más extraña.

La A, por ejemplo, es negra; y en torno de ella hay dibujos inspirados por las palabras: *Abeille, Araignée, Astre, Arc en ciel*.

La E, es amarilla; las palabras que inspiran los dibujos, son: *Emir, Etendar, Esclave, Enclume*.

La I, roja; lleva las palabras: *Indienne, Injure, Inquisition, Institut*.

La O, azul; con dibujos que corresponden á: *Oliphant, Onagre, Ordonnance, Ours*.

La U, verde: *Ure* (especie de buey), *Uniforme, Urne, Uranie*.

La Y, anaranjado: *Yeux, Yole, Yeuse, Yatagan.*

Se ve claramente, dice, que, por asociación de ideas, *Abeja* no deja de tener relaciones con el verso aquel:

Noir corset velu des mouches eclatantes
del soneto de las vocales, de Rimbaud, y con estos otros:

E, candeur des vapeurs et des tentes,
Lance des glaciers fins, rois blancs, etc.,

dada la decoración que rodea la figura de un príncipe de Oriente que el dibujante puso como *Emir*.

Gaubert se propone demostrar con esto, que el génesis del famoso soneto, considerado por muchos como testimonio de la decadencia literaria de Francia, puede muy bien estar en el alfabeto á que hace referencia y no en la *visión coloreada* de que tanto se ha hablado.

El uso de estos alfabetos, arguye, es muy antiguo y todavía se les vende. ¿Un álbum de esta clase, no habría dado á Rimbaud la primera idea de su soneto? Contesten los que conocieron y trataron al poeta.

—

Revista de Occidente, publicación que aparece todas las semanas en Guadalajara (Jaíisco) dedica un número especial al joven poeta José Ortiz Vidales, muerto hace pocos días.

—

El periodista sud-americano, Alirio Díaz Guerra, residente en Nueva York, publica, bajo el título de *Estigma*, un cuaderno de ocho páginas en el que hace una viril defensa del actual Presidente de Colombia, Gral. Rafael Reyes, á raíz de algunos injustificados y rudos ataques, de que ha sido víctima.

Díaz Guerra combate á los opositoristas con muy buenas argumentaciones y hace una completa apología del notable hombre de estado, de quien tanto espera aquella república hermana.

—

Sólo á guisa de curiosidad, vale la pena reproducirse el juicio que el corresponsal de *El Figaro* de la Habana, en París, da acerca de Eleonora Duse, la primera actriz italiana que ahora ocupa el *Nouveau-Théâtre* de la Ciudad Unica.

«¿Y esta es la famosa actriz tan ponderada por la prensa? ¿Seré yo un perro, tendré atrofiado el sentido estético? ¿Se me habrán escapado ciertos pormenores de dicción, no habré penetrado la intención de ciertas frases?

«Físicamente, la Duse es fea, pero simpática. En su cara fatigada flota una tristeza reveladora de una gran neurastenia. Sus ojos son melancólicos; el color de su tez es casi aceituno; su voz, poco vibrante, tiene roturas desagradables; la nariz es roma; la boca, grande y móvil, ríe con yo no se qué dolorosa represión visceral. Como no se pinta, da una sensación enfermiza de convaleciente.

«Yo no me tengo por un perro; mi sensibilidad estética la pruebo como Diógenes probaba el movimiento. Entiendo el italiano lo bastante para saber lo que pasa en la escena sin necesidad de libretos ó traducciones. Mientras estuve en Italia no recurrí á intérpretes ni guías. Leo, si bien con cierta dificultad, á Dante y á Petrarca en su lengua. Una de dos: ó la Duse está en decadencia ó no fué nunca la actriz genial que se nos pinta. Su realismo se me antoja afectado; no es una actriz apasionada y caliente; lejos de eso, me parece fría y sin relieve. Su dicción es algo oscura; su gesto, monótono; su fisonomía, pobre de expresiones; su voz, sin matices.

«Los grandes artistas italianos son los hombres. Yo no sé de actor más intenso, más complicado, más conmovedor que Zacconi. ¡Ese sí que es un genio!

«Novelli no le va á la zaga, aunque es menos científico. Zacconi ha estudiado en los hospitales; ha vivido y observado lo que representa. El y cierto actor holandés que vi recientemente en Amsterdam (y cuyo nombre no recuerdo), son los únicos que me han hecho llorar.»

A juicio de nuestros lectores, especialmente de los que conocen á la actriz, dejamos los comentarios.

Un grupo de jóvenes de Lagos (Jalisco), unidos fraternalmente desde hace poco más de un año, en anónima sociedad sin bases constitutivas ni preeminencias directoras, con el solo objeto de cultivar en mancomún las Bellas Letras, acaba de ofrecer, en volumen correctamente editado, el primer acopio de sus trabajos.

Ocios Literarios (así se titula el libro), no fué hecho, según confesión propia de sus autores, para la mesa del literato ni el anaquel del artista, ni pretende tampoco, desafiar las iras de la crítica.

Hecha la anterior aclaración, que no puede ser más franca y más sincera, como que se inspira en una verdad harto palpable, saldría sobrando cuanto dijéramos acerca de esta obrita; pero como no hay nada bueno que no tenga algo de malo, ni nada malo que no tenga algo de bueno, y, como por otra parte, en materia de crítica muy bien pueden señalarse las bellezas de una obra sin hacer mención de sus defectos, especialmente en casos como el de que se trata, en que el autor, ó autores, renuncian de antemano á todo elogio y á toda censura, no será por demás (ni los progenitores de *Ocios Literarios* lo tendrán á mal), que nos ocupemos, aunque sea someramente, de la parte buena de su obra, por más que ésta se encuentre en dosis infinitesimal.

Hay que distinguir desde luego, como al mejor del grupo, á José Becerra. Ofrece ocho composiciones poéticas, entre las que descuellan «Cristo» y «A Spírita.»

Lejos de ser, Becerra, un principiante, y sus versos simples ensayos, se descubre en él, á primera vista, al poeta en cierto intelectual grado de madurez, y en sus composiciones al versificador experto, si bien un tanto resentido de falta de cultura.

De María Dolores Amador, es un cuento, *Dos Rivales*, que aparece en primer lugar,

Ningún otro trabajo presenta; pero basta este sólo para darla á conocer.

El asunto no es cosa que valga la pena; es, por el contrario, bastante trivial: casi un reportazgo de comisaría; pero abunda en buenas observaciones, tiene descripciones bien hechas y diálogos fáciles y pintorescos puestos en caló del pueblo bajo.

Mariano Azuela presenta cuatro prosas.

De ellas, *Victimas de la Opulencia*, es la única que merece citarse. Asunto hermoso (no del todo nuevo), bien tratado y con sus ribetes de moral.

Francisco González León, tiene versos menos mal logrados que sus prosas. *Dos Dádivas*, es buen soneto, si bien recuerda mucho á uno conocidísimo de Lugones.

Bernardo Reina, el último de la colección, entre mencionados y no mencionados, se dedica á un género de lírica de gusto ya pasado, aun cuando tiene hoy todavía, como tuvo antes, notables cultivadores. *Restos de Grandeza y Raza Latina*, son dos ejemplares que hacen honor á su autor.

Y eso es todo. . . . eso es todo. . . .

El escaso número de publicaciones literarias de nuestro país, se ha visto aumentado con el advenimiento de una nueva revista que lleva el título de *Rayos y Sombras*.

Aparece en Chihuahua, capital del Estado del mismo nombre, y cada uno de sus números contiene cincuenta páginas de material científico y literario. Cuenta, además, con numeroso cuerpo de redacción y también con alguna colaboración distinguida.

De San Salvador, Centro América, es *Vida Intelectual*, culta revista literaria cuyos primeros números hemos recibido.

Honroso es el puesto que esta nueva publicación viene á ocupar entre la prensa de arte, de la América latina. Basta hojear rápidamente sus bien nutridas y numerosas

páginas, para convencerse de su importancia.

Gran número de trabajos inéditos, colaboración excelente y contadas reproducciones, todas ellas buenas, informan el precioso contenido de cada edición de *Vida Intelectual*, que, por otra parte, tiene entre sus muchos méritos, el de fungir como órgano de la Academia Literaria del Salvador.

Comienza á publicarse también, en Trujillo, Venezuela, una revista semanal, política y literaria, que se titula *El Avance*. Más política que literaria, trae como principal fin, según parece, trabajar en favor de la reelección del Presidente Castro.

Piensa Alberto Orozco Piche, que existen graves errores en la apreciación de la belleza femenina al referirla á un ideal supremo de estética, representado en la Estatuaria por Venus, y en la Pintura, por cualquiera de las vírgenes de la época del Renacimiento, y sobre este asunto borda un precioso artículo que la revista *Vida Intelectual*, publica.

No podemos separar, dice, de la contemplación pura, algo que coexiste, necesariamente, en nuestro entendimiento con la forma misma de la mujer: el amor ó el deseo.

La mujer tiene, además de la forma de la belleza plástica, la forma ideal del sentimiento; y su representación, como Arte, es más elevada que la estatua inerte y la pintura decorativa, pues siempre buscamos en las últimas la realización de un efecto del alma.

He aquí cómo conceptúan algunos estas la verdadera belleza en la mujer.

Piel sedosa y blanca, ligeramente sombreada por venas azules; contornos flexibles y redondeados; encarnadura firme; colorido suave; ojos expresivos, más grandes que pequeños; formas frescas, como las de un niño tierno; ondulaciones armoniosas en la transición de los planos; cabellos espesos, en

delicado contraste con la blancura del rostro, para que resalte vivido el óvalo y el contorno ancho de la frente; boca pequeña, roja y húmeda; cabeza erguida y redonda; nunca torneada, con su vello tenue de durazno maduro; orejas pequeñas recogidas, como conchas sonrosadas; pecho levantado en graciosa curva y flexible á los movimientos respiratorios; pie menudo; manos largas, de dedos afilados por uñas transparentes; nariz recta, apenas levantada en su ángulo libre; mejillas carnosas, cuyo carmín se desvanezca sin notable transición en el resto de la cara; cuerpo alto, espigado, de anchas caderas y piernas gruesas, y cintura breve y dócil á todas las actitudes naturales de la marcha y del reposo. Tales son, pues, en resumen, las cualidades que debe reunir una mujer para ser verdaderamente bella, considerada simplemente como asunto de líneas, proporción y armonía. Pero á esto hay que añadir: que si los caracteres femeninos nos agradan y pueden llevarnos hasta el entusiasmo, es simplemente porque nuestro placer estético, es esencialmente voluptuoso, ó parece revelarlos un conjunto de bonanza capaz de hacernos felices: á cada detalle unimos algo de nuestra voluntad, y nos contemplamos en el conjunto, sin querer, y según el ideal de cada uno, como Narciso en el límpido espejo de la fuente.

Con el número 49, correspondiente al 1.º de abril próximo pasado, *La Quincena* de San Salvador, Centro América, entró en el tercer año de su vida, sin que, desde la fecha de su aparición, hasta estos días, se haya suspendido jamás una vez, siquiera.

Realizado ese *rara avis* en los anales de la prensa literaria de aquella república, es seguro que la simpática revista alcanzará larga vida y que su labor llegará á marcar honda huella en el momento intelectual á que asiste en el país vecino.

La Lluvia en la Ciudad de Oaxaca. Es este un folleto de veinte páginas folio me-

nor, que el Dr. Don Agustín Manuel Domínguez, Director del Observatorio Meteorológico del Estado de Oaxaca, ha publicado recientemente.

Comprende, en tan corto espacio, las observaciones pluviométricas de 21 años (de 1883 á 1903), y constituye un valioso contingente á las labores de toda la red meteorológica del país.

Edición de la Sociedad Astronómica de México, es *La Literatura Lunar y la Habitabilidad de los Satélites*, trabajo leído en las sesiones de los miércoles 7 de septiembre y 5 de octubre de 1904, por el socio Amado Nervo.

No obstante que Nervo reconoce ser «apenas un neófito,» y que dice no estar preparado «para esa ciencia, la más bella de todas,» ha logrado hacer un estudio asáz interesante, nutrido de innumerables citas y revestido de alguna amenidad de estilo que viene á hacerlo aún más atrayente. Campea, es cierto, en buena parte de sus páginas, mucho de los fantaseos de Wells, pero al lado de ellos, y á cada línea, tropieza el lector con profundas disquisiciones de los sabios, desde Copérnico, Galileo, Cyrano de Bergerac, el Padre Secchi, etc., hasta Flammarión, Birt, Schreter, Herschel y otros, resultando, en conjunto, una labor seria, á la vez que revestida de cierta poesía. Tal y como sólo podemos concebir algunos, esta clase de trabajos.

Nervo aspira á ser un poeta astrónomo, aspiración tan noble como justa, ya que Flammarión es un astrónomo-poeta.

Llega á nuestras manos, con un aspecto de humilde sencillez en su exterior, pero nutrida, por dentro, de un variado y escogido material, la *Revista de Nicaragua*, nuevo campeón del culto por la Belleza en Centro América. Sea bienvenido.

Ideas, la interesante revista bonaerense, da cuenta pormenorizada, en su último número, del gran éxito que en Europa ha alcanzado el libro, «Al través de la España Literaria,» del escritor argentino José León Pagano.

Tres ediciones castellanas y dos en italiano, hechas por encargo de *La Ressegna Internazionale*, van publicadas hasta hoy.

La crítica de Italia, Francia, Alemania y España se ha ocupado de la obra de León Pagano, y algunos de los juicios escritos acerca de ella, se deben á la pluma de personalidades tan elevadas, como Gabriel D'Annunzio, Edmundo D'Amicis, Giuseppe Giacosa (el incomparable autor de *Come le Foglie*), Juan Valera, etc.

Como veinte extractos de esos juicios, todos ellos altamente laudatorios para el autor, inserta en sus páginas, *Ideas*.

L. C.



Ella le echó un brazo por el hombro y le cogió suavemente la mano, mientras le hablaba atrayéndole hacia sí.

—Así no se atreverán á disparar,—repetía ella.

Y él, con repentina y apasionada ternura, la tomó en sus brazos y murmuró:

—Aunque sea la muerte, ¿qué importa?

Redwood siguió estrechándola fuertemente, y durante un momento permanecieron como embelesados.

Luego, cogidos de la mano, y ella esforzándose en cubrir con su cuerpo el del novio, siguieron andando apresuradamente en dirección al campamento, refugio que habían construido los hijos de Cossar para el caso de que arreciase la persecución de la gente menuda.

Al atravesar los grandes terrenos del parque que estaba detrás del castillo, vieron salir muchos ginetes de entre los árboles, los cuales trataban, en vano, haciendo galopar á sus caballos, de igualar su paso con el de los gigantes. Y luego se encontraron con muchos hombres con fusiles que salían corriendo de sus viviendas.

Al ver esto, y aunque Redwood trató de seguir adelante, de luchar y vencer los obstáculos, ella le hizo volver hacia el Sur. Mientras huían, silbó una bala por encima de sus cabezas.

CAPÍTULO III

El joven Caddles en Londres.

I

Ignorante de los acontecimientos, desconociendo las leyes que iban á pesar sobre sus hermanos y aun sin saber que tenía efectivamente hermanos, el joven Caddles escogió el momento para salir de su calera y ver mundo. Sus reflexiones habían terminado al no encontrar respuesta á sus preguntas en Cheasing Eyebright, por ser el nuevo vicario aún menos luminoso que su antecesor, y el problema de su trabajo sin objeto llegó

á tomar tales proporciones que acabó por exasperarle.

—¿Por qué he de trabajar yo en esta calera día tras día?—se preguntaba Caddles. —¿Por qué ha de haber límites para mí por todos lados y no he de gozar yo de las maravillas que hay más allá de éstos? ¿Qué he hecho yo para verme condenado de tal modo?

Y un día se levantó, enderezó sus encorvadas espaldas y dijo en alta voz:

—¡No! Ya no quiero más.

Y con todas sus energías maldijo la calera.

Luego, su espíritu indisciplinado trató de expresar con actos su pensamiento. Levantó una vagoneta medio llena de cal y la arrojó sobre otra; luego cogió toda una hilera de vagonetas vacías y las tiró por un terraplén abajo, echando encima un gran bloque de cal; y destrozó con sus enormes pies una docena de metros de vía férrea. Así empezó Caddles á destruir la calera.

—¡Pasarme toda la vida trabajando en esto!—murmuró.

Fueron los que estas energías de Caddles invirtieron cinco minutos de pasmo para un pequeño geólogo que por allí andaba y á quien no había distinguido Caddles en su preocupación. La pobre y menuda criatura, que escapó por milagro de ser cogido por los dos bloques de cal, salió por el lado del Oeste, atravesó corriendo la colina con los faldones volando y las pantorrillas al aire, dejando un reguero de fósiles detrás de sí, mientras que Caddles, satisfecho de su obra destructora, salía á realizar su proyecto de ver mundo.

—¡Trabajar sin cesar en esa horrible calera hasta que me muera y me pudra en ella! . . . ¿Qué gusano creen que vive en este cuerpo gigante? ¡Sacar cal para cualquier estúpido objeto! ¡No seré yo!

La carretera, ó la vía férrea, ó la casualidad, le encaminaron á Londres; y allá llegó paso á paso, atravesando dunas y prados, en una tarde calurosa y con gran consternación del mundo. Para él no tenían significación alguna los rasgados anuncios rojos y blan-

cos que llevaban nombres varios y que azotaban todos los muros y paredes; él no sabía nada de la revolución electoral que había hecho á Caterham, á «Jack, matador de gigantes,» llegar al poder; para él carecían de sentido los ukases de Caterham que estaban expuestos en grandes cartelones en cada inspección de policía que encontraba al paso, disponiendo que ningún gigante ni persona alguna cuya estatura excediera de ocho pies podía salir á más de cinco millas de su residencia local sin permiso especial; ni le impresionó tampoco que polizontes retrazados, no poco satisfechos de su retraso, hicieran con manos y bastones señas amenazadoras á sus espaldas. Caddles quería ver mundo, todo lo que hubiera que ver en él. Pobre bruto incrédulo, no se figuró que las personas excitadas que le voceaban pudieran hacerle detener en su camino. Bajó Caddles por Rochester y Greenwich hacia un montón de casas, cada vez más espeso, despacio, mirándolo todo, jugando con su inmensa porra.

La gente de Londres ya le conocía de oídas; decían de él que era idiota, pero manso, y había sido admirablemente dirigido por el agente de lady Wondershoot y el vicario de tal modo que, á su manera estúpida, veneraba á estas autoridades y les estaba agradecido por los cuidados que habían tenido de él y otras cosas por el estilo. Así es que cuando se supo por los anuncios de periódicos que también el gigante Caddles se había declarado «en huelga,» la cosa pareció á muchos un acto deliberado y concertado de antemano.

—Piensan probar nuestras fuerzas,—decían los empleados de los trenes al volver á sus casas después de terminadas sus tareas.

—Felizmente tenemos á Caterham.

—Pero esta oposición de los gigantes parece una respuesta á su proclama.

—Los miembros de los clubs estaban mejor informados. Se apiñaban junto á los últimos telegramas ó hablaban en grupos en las salas de fumar.

—El joven no llevaba armas. Hubiera legado á Sevenoaks si se hubiera empeñado.

—Ya lo manejará Caterham.

Los tenderos se lo contaban á sus parroquianos; los camareros en los restaurants echaban un vistazo á los periódicos entre dos servicios: los cocheros leían al momento la noticia, después de saber las últimas apuestas.

En el periódico principal del Gobierno, que salía de noche, se veían grandes titulares que decían: *¡Arrancad la ortiga!* Otros hacían efecto con *El gigante Redwood sigue citándose con la princesa.* Publicó *El Eco* una noticia de las suyas, diciendo: *Rumores de una revolución de gigantes en el Norte de Inglaterra. Los gigantes de Suderland en Escocia.* La *Gaceta de Westminster* dió su acostumbrado grito de alarma, diciendo: *¡Cuidado con los gigantes!* y trató de dar una solución que pudiera unir al partido liberal en aquel tiempo muy disgregado por el furioso egoísmo de sus siete jefes. Los últimos periódicos se hicieron ya monótonos; decían: *El gigante de la carretera de New Kent.*

—Lo que yo quisiera saber es por qué no se tienen noticias de los Cossar, que se supone que son los principales instigadores,—decía el joven pálido de la tienda de té.

—Aseguran que hay otro gigante que anda suelto—añadió la camarera, mientras limpiaba un vaso.—yo siempre afirmé que era peligroso que los dejaran en libertad. Ya desde el principio debieron haber puesto coto á todo esto. . . . ¡Espero que no vaya á venir por aquí!

—Pues yo quisiera echarle un vistazo—dijo un joven que había junto al mostrador.—¡He visto á la princesa!

—¿Cree usted que le harán daño?—preguntó la camarera.

—Acaso tengan que hacérselo por fuerza,—respondió el joven del mostrador echando el último trago.

Y así, entre millones de estos y parecidos murmullos entró el joven Caddles en Londres.



II

Recuerdo siempre á Caddles como se le vió en la carretera de New Kent, con el sol poniente enrojeciendo su perpleja y curiosa fisonomía. La carretera estaba animadísima: ómnibus, tranvías, carretas, coches, trolleys, ciclistas, automóviles, y una maravillosa muchedumbre de gandules, mujeres, niñas, vendedores, y atrevidos muchachuelos, rodeaban los descomunales pies del gigante.

Un inmenso murmullo se elevó hasta él. Se vió entonces salir hasta de las puertas de las tiendas á los tenderos y parroquianos y se llenaron las ventanas de cabecitas, los chiquillos callejeros corrían gritando, los polizontes tomaban la cosa con la mayor gravedad y tiesura, los obreros subíanse á los andamios, y, en fin, toda la hirviente mezcla de la gente microscópica le chillaba y le insultaba; pero él, imbécil, oía y miraba con verdadera curiosidad aquel hervir de criaturitas vivientes que nunca creyó pudiera haber en el mundo.

Ya en Londres tuvo que ir acortando el paso cada vez más, pues la gente menuda le envolvía. La muchedumbre se hacía cada vez más densa, y, por fin, en una esquina en que convergían dos grandes vías, tuvo que detenerse, rodeado y encerrado entre la muchedumbre.

Allí se paró, con los pies un poco separados y recostándose en un palacio grandísimo que tenía altura doble de la suya y que terminaba en elevadas torres. Desde lo alto contemplaba á los pigmeos, y, maravillado, trataba, indudablemente, de compaginar todo aquello con cuanto le había ocurrido en su vida, con el valle aquel de tierras bajas, con los amoríos nocturnos, el canto de la iglesia y la cal que había sacado de la calera á diario. Tratando de reunirlo todo y darle coherencia y significación, arrugó el entrecejo, se rascó la hosca cabellera con su inmensa manaza y lanzó un hondo suspiro.

—No lo entiendo, no veo,—dijo.

Su acento era extraño. Una enorme ola de sonidos heterogéneos llenaba el espacio,

y se notaba, dominando el tumulto, el agudo timbre de los tranvías que pasaban por entre las masas siguiendo su camino obstinadamente y que asemejaban rojas amapolas entre trigo.

—¿Qué ha dicho? ¿Dice que no ve? ¿Pregunta que dónde está el mar, que dónde hay un asiento? ¿Quiere sentarse? Que se siente el muy bobo encima de una casa, ó dondequiera.

—Pero, ¿para qué servís, hervidero de gentecilla?—¿Qué hacéis? ¿Para que valéis? ¿Qué hacéis aquí, hormiguero de criaturas, mientras yo sacaba la cal para vosotros en aquel pozo de la calera?

Su voz rara, que tan contraria había sido á la disciplina de la escuela de Cheasing Eyebright, hizo un momento de silencio entre la muchedumbre, que luego se revolvió tumultuosamente.

Hubo graciosos que chillaban.

—¡Que hable, que hable!

—Pero, ¿qué está diciendo?

Esto era la obsesión de la muchedumbre, y se extendió la opinión de que el gigante padecía una borrachera.

¡Hi, hi, hi!—gritaban los conductores de los ómnibus abriéndose camino.

Y un marinero americano, borracho, andaba dando vueltas y preguntaba con voz lastimera:

¿Qué es lo que quiere ese hombre?

Un traperero con cara de pergamino consiguió dominar desde su carrito el tumulto, gracias á su voz, diciendo:

—¡Vete á tu casa, endemoniado gigante! ¡Vuelve adonde has venido, maldito y peligroso monstruo! ¿No ves que asustas los caballos? ¡Largo de aquí! ¿Pero no hay nadie de sentido común que te haga comprender las leyes?

Y entre todo este barullo se hallaba Caddles perplejo, con la vista fija y expectante, sin decir ya ni una palabra.

Por una calle lateral bajaba toda una hilera de polizontes que se abrían camino ingeniosamente por entre aquel gentío.

—¡Atrás, y no interrumpir la circulación, dijeron las vocecillas de los recién llegados.

El joven Caddles notó entonces una obscura figurilla que le aporreaba los tobillos. Incluyó la vista y vió que dos manos con guante blanco gesticulaban.

—¿Qué?—preguntó bajándose cuanto podía.

—Aquí no puedes estar parado,—le dijo á gritos el polizonte.—Nó, vete, no puedes seguir aquí,—repitió.

—Pero, ¿dónde he de ir?

—Vuélvete á tu pueblo, que es tu sitio de residencia, ó donde quieras; pero, ¡largo de aquí, que estás obstruyendo el paso!

—¿Qué paso?

—El de esta calle.

—Pero, ¿de dónde viene y á dónde conduce? Y ¿qué significa todo esto? ¡Todos me rodean! ¿Qué quieren de mí? ¿Qué hacen? ¡Ya estoy cansado de sacar cal de la calera y de estar solo! ¿Qué hacen ellos por mí, mientras yo trabajo para ellos en la calera? Quiero comprender todo esto, y lo mismo da que sea aquí, ahora, que después ó en otro lado.

—Lo siento, pero nosotros no estamos aquí para dar explicaciones de esa clase, y por lo tanto, tengo que obligarte á que echés á andar.

—¿Pero usted no lo sabe?

—Te digo que andes para adelante. . . Y te amonesto y aconsejo que te vuelvas á tu pueblo. No tenemos aún órdenes especiales; pero esto es contra la ley. Con que ¡largo! Pero ¡de prisita!

El terreno se despejó á su izquierda y Caddles echó á andar con lentitud, aunque repitiendo siempre:

—¡No lo entiendo, no lo entiendo!

Se volvía suplicante á la gente que le seguía ó le acompañaba y que se renovaba á cada momento.

—No sabía yo que hubiera lugares como este.

—¿Qué hacéis tantos como sois? ¿Para qué sirve todo esto? ¿Para qué?

La presencia de Caddles en Londres había puesto en moda una nueva frasesita al mundo, y los señoritos de ingenio y gracia se saludaban de este modo:

—¿Eh, Arry O'Cock? ¿Qué es esto y para qué sirve todo esto? ¿Eh? ¿Y para qué están todos en salud floreciente?

Y de ahí salió una variedad de respuestas, que generalmente resultaban descorteses. Las más populares y adaptadas al uso general fueron:

—¡Encerradlo! . . .

O, con tono de solemne desprecio:

—¡Largo! . . .

Y hubo otras muchas igualmente populares y záfias.

III

¿Qué buscaba el gigante? Sin duda necesitaba algo que aquel mundo de pigmeos no pudo darle, el conocimiento de un fin que no le permitieron alcanzar evitando que llegara á comprenderlo. Todos los sentimientos sociales, es decir, todo lo que en aquel monstruo solitario clamaba por su razón, por seres semejantes suyos, por algo análogo que amar y alguien parecido á quien servir, por un objeto que pudiera comprender y por leyes que acatar, todo aquello quedó sin explicación como un enigma indecifrabable para el infeliz Caddles. Y como Caddles era estúpido, todo esto batallaba estúpidamente en su interior; así es que, aunque hubiese encontrado un semejante suyo, no hubiera podido dar salida á lo que sentía ni tampoco expresión á su palabra. Todo lo que él sabía de la vida quedaba reducido al curso monótono del pueblo; toda la conversación que había oído era la charla de su cabaña, que no le servía y que resultaba incapaz para esbozar la menor de sus necesidades gigantescas. El pobre simplón ni siquiera conocía el dinero; no sabía nada de comercio ni de las complejas pretensiones en que se funda la fábrica social de la gente menuda. Caddles necesitaba algo, ¿qué duda cabe?

Mas aquella necesidad no llegó á cumplirse.

Pasó todo el día y toda la noche andando, y tuvo hambre; pero no se cansó de ver el

tráfico variadísimo de las diferentes calles que recorría, el inexplicable atareamiento de aquellos seres pequeñísimos.

En conjunto no había para él sino confusión. Durante una hora estuvo viendo una masa de gente luchar en picadillo por conseguir un asiento en los ómnibus; después se le vió en Kensington, por la tarde, donde contempló miles de almas ocupadas en los misterios del cricket, sin hacerle el menor caso, por lo que se fué de allí, lanzando un gemido. Y se dice que en Kensington sacó á una dama de su propio carruaje, la cual iba vestida de sociedad, con elegantísimo traje de baile, que la examinó con la mayor atención, y que después de contemplarle la cola y las paletillas, la volvió á dejar en su sitio, lanzando un suspiro muy hondo. De este hecho no me atrevo á responder.

Entre once y doce de la noche volvió á Picadilly, y allí encontró una muchedumbre nueva. Caddles la veía dispuesta á hacer cosas hasta cuya razón no alcanzaba, y á dejar de hacer otras por la misma causa. La multitud miraba al gigante un momento: le vitoreaba y pasaba de largo. Los *simones* de ojos de águila se seguían uno á otro formando cadena, culebreando, bordeando las aceras.

La gente entraba ó salía de los restaurantes, ya grave y digna, ya agradablemente excitada, ó bien dejando ver que su astucia iba más allá de las agudas estratagemas de los camareros.

El gigante, apoyado en una esquina, lo veía todo, lo contemplaba todo.

—Y ¿para qué todo esto?—murmuraba en voz baja y triste.—¿Qué objeto tiene? ¡Todos parecen tomarlo en serio! ¿Que es todo esto y por qué no lo entiendo yo?

Y nadie parecía ver, como él, la miseria de las borrachas pintarrajeadas que andaban por las esquinas, ni los haraposos y hambrientos que se arrastraban por el arroyo, ni la infinita mezquindad de todo aquello. ¡Sí, la infinita mezquindad! Ninguno de ellos parecía sentir ni sombra de la necesidad que aquel gigante tenía, la sombra de lo porvenir que atravesaba su camino.

Por encima de la calle, en lo alto, llameaban letreros misteriosos que aparecían y desaparecían, y los cuales, si él hubiera podido leerlos, le habrían hecho calcular las dimensiones de los intereses humanos, le hubiesen explicado las necesidades fundamentales y los modos de vivir tal como los comprende la gente menuda. Primero, vió una *T* llameante, luego siguió una *U*, luego una *P*: TUP. . . Hasta que vió completo, brillando en el cielo, el alegre mensaje para todos los que sientan la carga de la seriedad de la vida.

Tupper, vino tónico para obtener vigor.

Y ¡zas! desapareció en la obscuridad de la noche, para ser seguido del mismo modo lento por otra segunda llamada á la atención universal.

Jabón Belleza.

No eran, como habréis podido observar, productos químicos á propósito para el aseo, sino algo *ideal*, según ellos. Y luego, seguía el trípode de la vida minúscula con

Pildoras amarillas de Yanker.

Después, paró la cosa un momento y volvió á resplandecer el *Tupper* con rojas letras de llamas, ¡zas! ¡zas!, á través del vacío.

A las primeras horas de la madrugada llegó Caddles sombrío, pero sosegado, á Rogen's Park. Pasó la verja y se echó sobre la hierba, cerca del estanque donde se patinaba, y allí durmió una hora. A eso de las seis de la mañana habló con una mujer desarrapada que encontró durmiendo en una zanja, próxima á Hampstead Heath, y la preguntó con la mayor seriedad ¿para qué creía vivir en este mundo. . . .

IV

Las caminatas de Caddles por Londres terminaron el segundo día por la mañana.

Entonces, se sintió agujoneado por el hambre; y al pasar por cierto sitio en donde estaban llenando un carro de incitantes ho-

gazas, aún calientes, cuyo tufillo le dió en la nariz, se arrodilló silenciosamente y empezó á sacarlas del vehículo. Vació el carro mientras el panadero iba en busca de la policía; y luego metió su enorme mano en la tienda y limpió el mostrador y las anaqueladas. Después, con algunos paños en el brazo, siguió su camino en busca de otra tienda en donde completar la ración. Ocurría á la sazón que eran tiempos de escasez, había poco trabajo y estaban caras las subsistencias; así es que la gente del barrio simpatizó con el gigante, que se apoderaba de aquello que todos necesitaban: aplaudieron la segunda fase de su comida y se rieron del gesto estúpido con que el gigante recibió al polizonte.

—¡Tenía mucha hambre!—le dijo con la boca llena.

—¡Bravo!—gritó el gentío.—¡Bravo!

Luego, cuando empezaba á saquear la tercera panadería, le estorbaron media docena de agentes que con gruesos palos le golpeaban las piernas.

—Mira, buen mozo, te vas á venir conmigo,—le dijo el jefe.—No se te permite que andes fuera de tu casa de este modo. Yo te llevaré á tu pueblo.

Hicieron lo que pudieron para prenderle. Me contaron que un grupo de polizontes, á quienes seguía un carromato cargado de rollos de cadenas y de cables, anduvo galopando por las calles, arriba y abajo, para conseguir encadenarlo. Entonces nadie pensaba en matar al gigante.

—Este no toma parte en el complot,—había dicho Caterham.—Y no quiero que por mí se derrame sangre inocente.

Y luego añadió:

—Hay que emplear hasta el último recurso.

Al principio, no comprendió Caddles la importancia de aquellas maniobras, y cuando la entendió dijo á los polizontes que *no fueran tontos*, y con cuatro saltos se puso fuera del alcance de todos. Las panaderías estaban en Harrow Road, y él atravesó el canal de Londres hasta el bosque de San Juan.

Allí sentóse en un Jardín particular, y se puso á mondarse los dientes con toda tranquilidad; pero se vió molestado poco después por otro pelotón de polizontes.

—Dejadme en paz,—gruñó el gigante.

Y atravesó los jardines, estropeando al paso varios macizos y arrancando alguna que otra verja; pero los enérgicos polizontes le seguían, unos á través de los jardines y otros por la carretera bordeando las casas. Allí había uno ó dos apostados con fusiles, de los cuales no hicieron uso alguno. Cuando Caddles entró en la carretera de Edware, hubo una nueva nota y nuevo movimiento en el gentío; un polizonte montado pasó con su caballo por encima del pie del gigante, y éste le recompensó derribándole en tierra.

—¡Que me dejéis en paz!—repitió Caddles haciendo frente á la anhelante muchedumbre!—¡Yo no os he hecho nada!

En aquel momento estaba sin armas, pues se había dejado su hacha de cortar cal en el parque. Pero, entonces, el infeliz debió de sentir la falta de ellas, pues volvió á los almacenes del ferrocarril del Oeste, y arrancando el poste de uno de los arcos voltaicos de la luz eléctrica hizo de él una terrible arma de combate, que cargó á sus espaldas. Y al observar que la policía continuaba allí con la intención de fastidiarle, volvió á tomar la carretera de Edgware hasta Cricklewood y marchó en dirección al Norte. Siguió andando hasta Waltham, pero dió vuelta al Oeste y se encaminó de nuevo á Londres, pasando por los cementerios y las cimas de Highgate. Al mediodía, se halló en presencia de la maravillosa grandeza de la capital.

Caddles se sentó sobre el campo de un jardín, apoyándose en una casa que dominaba toda la ciudad. Estaba jadeante, su cara era sombría, y la gente no se atrevía ya á rodearle como cuando entró por primera vez en Londres, sino que le observaba desde los huertos inmediatos y le contemplaba desde lugares seguros.

Todos sabían ya que la cosa era más grave de lo que habían creído.

—¿Por qué no han de dejarme tranquilo?—murmuraba el pobre Caddles.—Yo neces-

sito comer. . . . ¿Por qué no me dejan en paz? . . .

Estaba acurrucado, serio, royéndose los nudillos y mirando á Londres. Todas sus fatigas, todas sus molestias y perplejidades y toda la rabia impotente que habían excitado sus caminatas iban subiéndosele á la cabeza.

—¡Ellos no me quieren decir nada!—decía.—¡No significan nada, y, sin embargo, no me dejan tranquilo, me estorban y me impiden el paso!

Y repetía sin cesar, en voz baja, hablando consigo mismo:

—¡No significan nada! ¡Puf, qué gente-cilla esta!

Con más fuerza hincaba los dientes en sus nudillos y sus gruñidos eran cada vez más profundos.

—¡Y yo he de sacarles cal de la calera! ¡Y todo el mundo les pertenece! ¡Y yo no puedo penetrar en ese mundo por ningún lado!

De pronto, vió con rabia la figura, ya familiar para él, de un polizonte que estaba montado sobre la valla del jardín.

—¡Déjame en paz!—gruñó el gigante.—Déjame en paz, te digo. . . .

—Yo tengo que cumplir con mi deber,—contestó el diminuto policía con la faz lívida, pero con tono resuelto.

—¡Que me dejéis tranquilo! Yo tengo que vivir lo mismo que vosotros. . . Yo quiero pensar, yo quiero comer. . . Con que dejadme tranquilo.

—Es la ley quien lo ordena,—replicó el diminuto polizonte sin adelantar.—Nosotros no hemos hecho la ley.

—Ni yo tampoco,—contestó Caddles.—Eso todo lo habéis hecho la gente menuda antes de que yo naciera. ¡Qué me importáis vosotros y vuestras leyes, ni lo que yo debo ó no hacer! Para mí no hay alimento, sino trabajo como un esclavo; para mí no hay albergue ni descanso. . . ¡Y aún venís á decirme que! . . .

—Con eso no tengo yo nada que ver,—observó el polizonte.—Yo no estoy aquí

para entrar en discusiones. . . Yo sólo estoy obligado á ejecutar las leyes.

Y pasó la otra pierna por encima de la pared, disponiéndose á bajar. Detrás de él aparecieron más polizontes.

—Yo no empecé esta lucha con vosotros, acordaos de esto,—dijo Caddles agarrando con firmeza una maza de hierro y mostrando su largo índice.—Yo no empecé la lucha. . . ¡Con que dejadme en paz!

El polizonte trataba de estar sereno y natural, á pesar de ver claramente aquella monstruosa tragedia que iba á comenzar.

—Dadme la orden,—dijo á uno de los que le seguían y que aún permanecía invisible, el cual le entregó un papelito blanco.

—Dejadme en paz—gruñía Caddles retrocediendo y agazapándose.

—Este papel ordena que te vuelvas á tu calera. ¡Vete por buenas, porque si no vas á salir mal parado!

Caddles gruñó. Luego, cuando hubieron leído la orden, hizo una seña el inspector. Cuatro hombres con sus fusiles se presentaron en el acto, tomando posiciones con afectada naturalidad á lo largo de la pared. Al ver los fusiles, Caddles se enfureció; recordaba los tiros de las escopetas de los labradores de Wrecstone.

—¿Y vais á disparar contra mí?—dijo, señalando las armas.

El inspector le creyó asustado, y dijo:

—Así será, si no te vuelves á tu calera en seguida. . .

En aquel instante el inspector quiso saltar de nuevo la pared; y en el momento y desde una altura de treinta metros, cayó un gran poste eléctrico sobre él, matándolo.

—¡Pum! ¡pum!—sonaron estrepitosamente los fusiles.

Y la valla y el suelo y subsuelo del jardín volaron.

Algo más voló también, dejando gotas rojas en las manos de uno de los tiradores, los cuales andaban de un lado para otro disparando con valentía. El joven Caddles, atravesado ya por dos balas, dió la vuelta en